DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DE

DON LUIS GONZALEZ BRABO,

el dia 1.° de Marzo de 1863.

MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle de la Madera, número 8.
1863

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DE

DON LUIS GONZALEZ BRABO,

el dia 1.° de Marzo de 1863.

MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle de la Madera, núm. 8.
1863

DISCURSO

DE

DON LUIS GONZALEZ BRABO.

Señores :

Quisiera ser en esta ocasion dueño de las poderosas facultades que resplandecian en los preclaros oradores de cuya elocuencia nos da noticia la historia, para expresar bien el agradecimiento que subyuga mi alma por la eleccion que de mí ha hecho esta Real Academia, y para corresponder noblemente al concepto en que me ha tenido, llamándome á llenar una vacante con tanta gloria ocupada por quien, más que poeta, filósofo ó político, llegó á ser algunas veces el primero y por lo comun uno de los más elegantes y persuasivos oradores de su época. Digo con esto lo necesario para que se comprenda cuán peligroso es el lance en que por tal conjunto de circunstancias me aventura la alta categoría á que me elevais; compromiso del cual no alcanzaré á salir airoso, si el favor de vuestra tolerancia no me da auxilio, y alienta en el empeño de justificar por este discurso el voto, hasta ahora inmerecido, con que me habeis honrado.

Si es verdad, como creo, que la duracion de la vida de un hombre no se encierra en los límites dentro de los cuales funciona el mecanismo fisiológico de su sér, sino que se extiende más allá del sepulcro, por el espacio en donde se ven vivir todavía los actos de su alma, no me parece muy aventurado decir que el ilustre académico á quien entro á reemplazar hoy,

existe entre nosotros, late con las pulsaciones de nuestra comprension, circula por el laberinto de nuestras meditaciones, y respira aún en algunos de los más nobles entusiasmos de nuestro espíritu. Hablar de Martinez de la Rosa, una vez satisfecha la necesidad que nos impusieron, así la pesadumbre de haberlo perdido, como el deber de honrar sus grandes merecimientos, es, por consiguiente, cosa expuesta á peligrosos extravíos, ya del afecto que su trato generalmente inspiraba, y de la estimacion en que tenian y tienen muchos su carácter, sus obras y sus actos políticos, ya de las opiniones y sentimientos, no tan favorables, que sobre todo esto profesan y abrigan otros con no leve fundamento de razones. La hora de la imparcialidad varonil con que, para enseñanza de los venideros, deben ser juzgadas las obras de los hombres que han tenido la ventura de elevarse sobre el nivel de sus contemporáneos, todavía para las de Martinez de la Rosa no ha venido; por eso se me ha de permitir guardar sobre este punto una como reserva conveniente, tratándose de un varon afamado, que ayer os presidia desde ese sitial, y desde otro más eminente pesaba sobre las deliberaciones del Gobierno de la nacion con la gravedad de sus advertencias. Censurarle inflexible y escrupulosamente no pareceria bien en ninguno, y áun ménos en el que viene con tan limitada copia de instruccion y de renombre á suplir su falta entre vosotros; exaltar su mérito con aplausos excesivos, de esos que se prodigan tan sin mesura en estos tiempos, fuera ofender su espíritu inmortal, que, despojado de los accidentes que perturban la flaca naturaleza del hombre, ha debido en la plenitud de su conocimiento, juzgar sus obras humanas desde la altura clarísima de la verdad infalible, con quien, al desatarse de la vida terrena, se ha identificado.

Puede decirse, con todo, de este insigne personaje algo que, no entrometiéndose á medir el valor real de sus producciones, sirva como de apunte para atraer la atencion de los que un dia

se propongan quilatarlas, señalando á su autor con sentencia desapasionada el rango intelectual donde en ley de justicia deba ser colocado.

El estilo es el hombre, segun la divulgada y feliz expresion de uno de los varones más sabios y elocuentes que ha tenido la nacion francesa. Séame lícito afirmar de igual modo, si no con el mismo éxito, que el hombre á quien ha tocado la fortuna de influir poderosamente con sus máximas sobre el destino de una nacion, no puede ménos de representar el espíritu de su tiempo, aunque no sea sino en compendioso y, si se quiere, imperfecto resúmen. Bajo este punto de vista, Martinez de la Rosa ofrece materia de grave consideracion para los que se dediquen á deducir el carácter general de las vicisitudes que desde la entrada de este siglo se han desenvuelto en España, cambiando las relaciones y hasta la índole de nuestro sér social, desarraigando, por consiguiente, creencias, instituciones y costumbres envejecidas, y mudando, con las ideas y los usos, hasta las formas del antiguo lenguaje.

Volved por un momento la vista hácia el período que corre desde que Martinez de la Rosa se presenta por primera vez á las miradas de sus conciudadanos y principia á llamar vivamente sobre sí la atencion pública; seguidle paso á paso por medio de las convulsiones que con alternativas contrarias se eslabonan hasta nosotros; siempre veréis en él al poeta, al crítico, al orador y al hombre público responder unísono con la leccion de sus poesías líricas ó didácticas, de sus dramas, de sus obras crítico-históricas, de su elocuencia, opiniones y actos, al carácter aparente de las diversas circunstancias en que figura, y abrazar las variedades exteriores por que se distinguen estos períodos bajo una generalizacion personalísima y candorosamente sistemática, inferior sin duda, aunque no opuesta, á los vigorosos impulsos de toda idea fundamental, pero admirablemente análoga al progreso más instintivo que razonado, y por consiguiente vá-

cilante y enfermizo, en sus primeros pasos sobre todo, de nuestra laboriosa revolucion.

Si el objeto y los límites de este discurso lo consintieran, nada sería tan fácil para mí como presentar comprobaciones evidentes de este juicio, entresacando á la ventura trozos de las obras con que alcanzó su extraordinaria celebridad el insigne autor de *Doña María de Padilla*, *Morayma*, *Edipo*, *Aben-Humeya* y la *Conjuracion de Venecia;* de *El espíritu del siglo*, *La política de España, desde los reyes católicos hasta nuestros dias*, y el *Estatuto Real*. Por dicha estoy en un concurso de hombres familiarizados con estas lecturas, y que han tenido la buena suerte, cuando ménos de oir las elegantes oraciones pronunciadas por Martinez de la Rosa, ya en las asambleas legislativas, ya en las reuniones literarias, á que siempre, pero en sus últimos años con más particularidad, daban lustre y sumo realce, no sólo el resplandor indisputado de su nombre, sino tambien aquel otro prestigio más verdadero que ejercen sobre la multitud los que han pasado por dolorosas vicisitudes y padecido ásperas decepciones, siendo víctimas así de las prosperidades como de los desdenes de la fortuna, y que, á pesar de eso, no decaen ni desmayan, y se esfuerzan hasta el último momento de su vida por terciar en las saludables luchas de la inteligencia.

Dejando, pues, para estudios más ámplios la demostracion que sobre esto pudiera ofrecer, y atendiendo sólo á la sustancia de las principales ideas que apasionaron á mi ilustre predecesor, me bastará compararla con algúnos rasgos del procedimiento que ha seguido la transformacion social y política del pueblo español, para que nadie dude de las íntimas conexiones entre el hombre y su época, de que os he hablado, y que, á mi juicio, explican con razon suficiente el superior influjo de que gozó aquél durante un período señaladísimo de nuestra historia, y la fama que alcanzó, no solamente entre nosotros, sino tambien en las naciones más civilizadas.

Al encontrarse en el seno de esta sociedad, despues de muchos años de mortal parálisis, dos principios que se excluian con invencible aborrecimiento, aquel sobre que se cimentaba el régimen fundado por Cárlos I y Felipe II en España, y cuya forma más pura en la edad moderna ha sido el reinado de Luis XIV de Francia, y la idea, que, desenvolviéndose con la rebelion religiosa del siglo xvi, venía mostrando la extension desmedida de su ímpetu por medio de las más sangrientas catástrofes, bien pronto notaron los hombres de algun valer, así de entre los amigos del primero, como de entre aquellos que deseaban regenerar la nacion, y que se gobernase por los dictados de la segunda, que si no era empresa fácil descuajar de un golpe el sistema que segun el uno venía dominando por siglos y estaba como identificado con las creencias, preocupaciones, hábitos, y hasta con la lengua del pueblo español, tampoco se podia resistir con éxito á las invasiones del libre exámen, que por donde quiera se extendia victoriosamente, llegando á confundirse por momentos con la suma majestad del poder pontificio, á resplandecer en las gradas y bajo los pabellones de los tronos, y á escribir con la sangre de dos desdichados príncipes la humanidad de los reyes, esto es, su responsabilidad ante la justicia suprema, única raíz de la soberanía, en quien se originan y por la cual mueren todas las potestades y todas las dominaciones.

Muy lejana de su realizacion se veia ciertamente en los momentos de que hablo *la unidad entre los hombres de pensamiento, que inician las reformas, y los hombres de accion, que las acaban*, que por tan buen estilo y con tal sencillez y tanta profundidad nos definia un sabio profesor (1), hace pocos meses, en una de nuestras más espléndidas solemnidades literarias. Oíase, es verdad, rugir el torrente que habia de inundarlo todo, y cuyas primeras embestidas se estrellaban ya contra los diques que al fin

(1) El Sr. D. Isaac Nuñez de Arenas, uno de mis más queridos amigos, en su discurso de inauguracion del presente curso académico, leido en la Universidad Central.



habian de quedar para siempre derrocados; pero la resistencia amenazaba durar mucho, *la ciencia difundida* (1) era áun de extension corta; asemejábase el antiguo régimen á los viejos torreones de las fortalezas y atalayas, en cuyos adarbes, abandonados por siglos, cubiertos de yerba, y al parecer inservibles, se guarecian á la sazon nuestros valerosos campesinos y serranos para resistir heroicamente á la inicua, á la insultante agresion de la Francia. Los que miraban aquellos muros grieteados por todas partes, y aquellos fosos llenos con las rotas y ennegrecidas almenas, creian, temblando, que al menor choque de los picos, y cuando no, al rebotar de la primera bala ó á la pesadumbre de la primera bomba, habian de convertirse en miserables escombros. La experiencia demostró que no era así; la piqueta acerada del zapador frances se rompió muchas veces en la contextura tenaz de aquellos ruinosos paredones; las bombas fundidas en las maestranzas imperiales cayeron en más de una ocasion sobre aquellas antiguas torres, sin conmover siquiera la dura argamasa de que habian sido sabiamente fabricadas, ni la solidez ciclópea de sus cimientos.

De aquí el curso por necesidad tortuoso, y segun he afirmado ántes, calenturiento y á primera vista poco sano, de las evoluciones que habian de arrastrar á España por las vertientes del impulso que conducia á los demas pueblos de Europa; de aquí tambien el que muy desde los principios se pensase en esquivar, por ciencia ó por maña, y más por maña que por ciencia, toda solucion que pareciese definitiva, y que se echára mano de aquellos expedientes, arbitrios y transacciones á que recurren por lo comun las almas asustadizas y cierto linaje de inteligencias sutiles y diestras que adrede manda Dios al mundo, cuando, sobrecogidos y como anonadados los pueblos por el fragor de las controversias políticas y religiosas, por los horrores de las

(1) Véase la nota anterior.

guerras civiles, por el trastorno aparente, en fin, que ocasionan las grandes crísis de la vida en la humanidad, ignoran ó dejan de ver la causa suprema de tales estremecimientos y el propósito providencial de que vienen generosamente preñados.

En épocas como ésta de que voy diciendo, los personajes que tienen la fortuna de acertar, aunque sea sólo por breves dias, con la tasa de las concesiones que las potestades constituidas pueden hacer de buen grado á las ideas reformadoras, ocupan forzosamente, diré más, es justo en cierto sentido que ocupen un lugar de preferencia en la estimacion de sus coetáneos, y hasta en las imparciales conclusiones de la historia. No sin algun fundamento, aunque tampoco con el que se supone, han sido llamados períodos de transicion estas épocas, y por igual motivo pueden mirarse como tiempos en que alcanza más predominio que en otro alguno aquella preocupacion excéptica de que se ha inspirado siempre por todas partes con más ó con ménos desenvoltura la práctica de la ciencia política.

Comprendiendo la nocion del órden, segun la toman desgraciadamente en sus desvanecimientos la mayor parte de los poderes constituidos, esto es, no como un fenómeno natural que se origina en relaciones elementales, sino como un efecto arbitrario de la voluntad del individuo; pensando, de buena fe sin duda, que el gobierno servido por la fuerza, tiene en la virtud de su sér el alcance preciso para producir en toda eventualidad el órden (1); resistiéndose, á pesar de este concepto, en mi opinion equivocado, á renegar de las manifestaciones de su juventud; en suma, persuadido de la urgencia de abrir paso, aunque no grande ni libre, á las innovaciones, y á la par temeroso de hacerlo, Martinez de la Rosa fué con oportunidad y acierto nada comunes (2) llamado un dia á las cámaras reales, y supo ofrecer

(1) *Ubi solitudinem faciunt, pacem appellant.* (Tácito.)

(2) Nadie podrá quitar esta gloria á S. M. la Reina Madre D.ª María Cristina de Borbon.

una de esas fórmulas políticas que á nadie contentan del todo ni se razonan científicamente, pero que haciendo, si es lícito comparar lo muy pequeño con lo grande, las veces de las moratorias en los litigios privados, sirven para ganar tiempo, adormecer la ciega excitacion de los partidos, y preparar, al amparo de conciliaciones transitorias, el advenimiento victorioso de aquellas mismas ideas, cuyo influjo excesivo se rechaza al parecer, se quiere neutralizar ó se afecta comprimir cuidadosamente.

Aquél fué sin duda, despues de diez años de implacable tiranía, que nunca olvidarémos los que la alcanzamos, un gran momento para nuestra patria. La iniciativa liberal arrancaba del sólio mismo; habia triunfado virtualmente entre los españoles la causa de la civilizacion y de la dignidad humana. Aquella concesion, aunque imperfecta; aquella concordia de un instante, las ardientes discusiones que en ella se originaron, el espíritu que por tales motivos se difundió, y desde aquel dia no ha cesado de crecer, á Martinez de la Rosa se deben en cuanto es posible que se deban á un hombre solo los inevitables adelantamientos de la vida de una nacion. Desde aquel dia el sistema social y político que hasta entónces habia rechazado siempre con éxito la invasion de las innovaciones liberales, no ha conseguido ganar una sola batalla de cuenta, ni en los debates filosóficos y literarios, ni en los políticos, ni por medio de la guerra, á que no sé cuántas veces se ha recurrido, ni áun siquiera en esa otra comarca, tan esplendente á la vista como escabrosa y resbaladiza por dentro, en que, áun bajo el dominio de las prendas mas nobles, suelen con tanta facilidad llegar á valer mucho los que valen poco y logran á despecho de los mejores propósitos favor tan subido y ganancias tan pingües las docilidades cortesanas, y en donde, como en clima natural, hubiera podido lisonjearse de rehacer sus huestes y salir más aventajado.

Veinte y ocho años han corrido desde que el ilustre personaje de quien os hablo, condensó, como si dijéramos la esencia

más nutritiva de su pensamiento en el *Estatuto Real*. Aquella fué la época prominente de su historia. En aquel símbolo político, en las bellas improvisaciones que pronunció desde el escaño del Gobierno para sostener el espíritu de aquella carta, y que los jóvenes de entónces oiamos en las tribunas, palpitando de generosa y descontentadiza impaciencia, como quizás me estén oyendo y nos habrán oido muchas veces los jóvenes de ahora, se puede decir, sin temor de equivocarse, que reside todo el sér intelectual de vuestro último director. Las demas obras suyas, bien miradas, no son sino prólogo y preparacion, ó comentarios, escolios y apéndices de aquel acto y de aquellos discursos. En las principales de ellas, que, como sabeis, son históricas y políticas, se dibujan muy á las claras el liberalismo escarmentado, pero pertinaz y nada extenso, que envolvió al que lo profesaba en las inocentes alucinaciones y compromisos increibles del 7 de Julio de 1822; la repugnancia candorosa, más que al desórden esencial á la falta de simetría externa, que lo condujo á dejarse sorprender, no se sabe todavía cómo, por las sacrílegas matanzas de 1834; el propósito de resistencia á todo trance, que en sus últimos dias lo inspiraba, cuando condenó tan acerbamente el movimiento unitario de la nacion italiana; el afan de conciliaciones sistemáticas, que le hizo ver en el infante D. Cárlos tan sólo un faccioso más y que, sacando los negocios de la jurisdiccion legítima de los principios y preceptos que segun cada sistema deben en general seguirse, los amolda á la ley de una conveniencia, aparente y fugitiva; la limpieza y serenidad de conviccion que lo condujo á ennoblecer con heroica perseverancia el grillete de presidario, y más adelante á arrostrar con indiferencia no estudiada el puñal de los demagogos; el patriotismo, que le dictó la renuncia de su despacho de presidente del consejo de ministros ántes que asentir á la ignominia de una intervencion extranjera y finalmente, aquel hablar culto, fácil, sentimental y florido en ocasiones, claro, elegante y académico

siempre, que estudiábamos como una enseñanza amable y deleitosa en nuestra primera edad, y que hemos oido con tierna é indulgente veneracion en sus últimos y todavía, aunque cansados, elocuentes vuelos.

Pues bien, señores; tal y como era el hombre del *Estatuto Real* y de las Córtes que por esta ley se reunieron, tales y como han sido aquella política y aquella oratoria, así han continuado, y lo que es más digno de atencion, siguen aún siendo, con pocas excepciones y con la degeneracion inevitable la política y la elocuencia de cuantos han dirigido el Gobierno de España desde entónces; política débil, de mudables términos medios, semi-liberal y semi-cortesana, que, sin admitir ni negar cosa alguna intrínseca, ha producido sin embargo el bien grandísimo para mí, de que al través de angustiosos y en algun caso crueles sacrificios se abra el país á la propagacion y al triunfo de las novedades cuyo poder se queria obstinadamente atenuar por una contradiccion muy comun en la historia del pensamiento humano y que atestigua su flaqueza; oratoria apropiada á esta política, amable áun para algunos, simpática quizás, pero sin nervio ni virtud filosófica y sobre todo ajena á la comprension de lo real y positivo que ya es preciso tener por alta manera para contentar las vigorosas necesidades de la vida parlamentaria, y para satisfacer la potente ambicion intelectual de una nacion resuelta á gobernarse por sí misma y á usar con toda plenitud de su libertad y de su derecho.

La época en que Martinez de la Rosa ha dominado con sus máximas y con lo que puede llamarse el género de sus discursos, ha sido un tiempo de trastornos y como de pugilato; pero no entre dos iniciativas, sino entre dos impotencias que podian ser comparadas, por una parte á la de un anciano que en su buena edad hubiese sido varon de altos brios y arrogancia y áun conservase apariencias de lozanía y tal cual resto del vigor pasado, y por otra á la de un adolescente no bien salido

de la niñez, pero sano, ágil, presuntuoso y turbulento, que pretendiese figurar ántes de sazon entre los más forzudos atletas. Era casi consiguiente que el hombre que en tal coyuntura mediase entre el muchacho audaz y revoltoso y el viejo que todavía se consideraba valiente, fuera una persona en quien todos admiráran, cuando jóven, la docta formalidad, la prudencia, la moderacion y las raras cualidades del hombre maduro, y cuando se acercaba á su fin, la intensidad de afectos, las obstinadas y poco ménos que infantiles antipatías y las gallardas pretensiones del mancebo. Combatíanse, ya he dicho con qué grado de fuerza, no dos intereses dinásticos solamente, como se ha supuesto en alguna ocasion, ó dos ambiciones vulgares de dos príncipes, sino dos pensamientos que se disputaban el régimen social y político de una nacion; ha sido, pues, muy natural que la persona á quien tocaba la difícil tarea de conciliar, aunque fuera sólo por un momento, las respectivas atracciones y repugnancias de cada uno de estos principios, estuviese rodeada de la fascinacion de un gran prestigio moral, y dispusiera al mismo tiempo de aquellas formas íntimas y noblemente familiares, que penetran con ménos trabajo en la índole de las clases ricas y en las almas de los hombres influyentes que se retraen y acongojan con las precisas perturbaciones de toda mudanza radical y absoluta, y que, á pesar de esto, deciden en tales circunstancias, ya con su adhesion, ya con su retraimiento, de la suerte de las naciones. El autor de el *Espíritu del siglo* fué toda su vida un mozo viejo y un anciano jóven, un buen patriota, un poeta fácil y un orador ingeniosísimo, un hombre, en fin, de salon y de academia, de córte y de parlamento, segun lo habian menester, en el conflicto de sus dudas, sobresaltos y esperanzas, salones en que morian por consuncion las no siempre ejemplares tertulias de nuestros ociosos antepasados, y que se allanaban al torbellino casi plebeyo de los saraos y recepciones de ahora; academias aletargadas por el despotismo, que volvian

en sí ardiendo en amor á la didáctica y á lo ideal de la ciencia y del arte; gabinetes formados por la intriga ó por la sedicion; una córte de grandes, ocupados con excepciones tan leves como gloriosas en disputarse las altas posiciones palaciegas de sumiller, de mayordomo ó de caballerizo, y hechos de larga mano á tolerar, con el yugo de la servidumbre, la humillacion de privanzas ofensivas; y un parlamento que renacia una y otra y otra vez, brotando con inesperado vigor de las entrañas vivaces y fecundas de un gran pueblo.

Martinez de la Rosa, con sus cualidades y con sus flaquezas (¿quién no las tiene?), con la medida de su capacidad y de su saber, llegó á la hora en que debió venir, y fué indudablemente uno de esos hombres que salen á punto para guiar los primeros ensayos, como si dijéramos, la infancia de un sistema nuevo; ha sido, por lo tanto, la persona que mejor ha compendiado en sí los éxitos y las prosperidades, los errores y las decadencias de cierto período de su tiempo y la figura intelectual en quien hallará la historia, más que en otro alguno de sus contemporáneos, así el alcance filosófico y político de una época cuyo término, aunque muchos crean otra cosa, coincide con la muerte de quien la inició, como la clave de los cambios que, por tan sinuosas sendas, y á veces por el juego de tan menudos resortes ó de tan bajos y repugnantes apetitos, ha dispuesto la Providencia divina que entre nosotros se realicen (1).

Los que hemos sido parte con nuestro aplauso en el esplendor hermoso de sus triunfos, y le hemos visto descender de su apogeo, no como el legionario que cae de la altura herido mortalmente, ó huye lleno de pavor, deshaciéndose de las armas y de las insignias, sino poco á poco, disputando á la vejez sus naturales

(1) Cuando las verdades que presiden la sociedad civil han sido una vez pervertidas por el abuso de la fuerza, ¿quién puede decir los rodeos por donde ha de volver al órden, ni las escalas que bajo sus plantas han de romperse para que suba otra vez laboriosamente hácia un estado mejor y mas justo? (BAUDRILLART, *Publicistas modernos.*)

estragos y sosteniendo la autoridad de su renombre, á pesar de no ceñir otra espada que la del caballero en dias poco felices, en que todo ha ido degenerando y rindiéndose al culto de la significacion militar; los que, teniendo en mayor estima el poder del espíritu que el de los fusiles, hemos figurado en la grande accion que se ha desenvuelto durante el reinado de sus opiniones y de su palabra, faltaríamos á nuestro deber si, habiendo de tratar de cosas relacionadas con varon de tanto viso, no dijéramos de él lo que, siendo más imparcial y verdadero, sin llegar á lo rigoroso, lo honrase mejor y por más nobles modos lo enalteciese. Por esta razon, y porque la causa que ha podido impulsaros á darme un lugar que él, con mucho, llenaba más dignamente, no debe haber sido otra que mis estériles merecimientos en una sucesion ya larga de vicisitudes políticas y de ejercicios oratorios, no he creido extraño á esta solemnidad el ofreceros, ántes de pasar adelante, y como galardon propio de su memoria, alguna muestra, aunque en informe traza, de lo que pienso sobre la valía de mi esclarecido predecesor, juntamente con otras fugaces indicaciones relativas al carácter político de sus ideas y de su tiempo.

No faltará quien, al oir estos confusos apuntes, se conduela de la audacia y califique de excesivo desahogo la sinceridad con que he borrajeado mi juicio sobre una época que en rigor no ha concluido aún, y sobre el papel de un hombre ante cuyos despojos mortales inclinábamos ayer, humilladas por el respeto y contraidas por el dolor, nuestras frentes; ni dejará de haber sugetos, en demasía timoratos, que se lastimen de que hasta en este asilo de las letras se deje sentir la accion, para muchos dañosa, para mí sana y vital, de las controversias políticas. A los primeros rogaré que lo miren despacio y no obtemperen á la poco cristiana ántes bien pésima costumbre que se ha extendido con deplorable liviandad de encarecerlo todo superlativamente en alta voz, y deprimir con igual exceso en murmuraciones sordas y malignas lo propio que á gritos se aplaude sin tasa.

Si el lenguaje de las oraciones que en casos como éste se pronuncian consistiera, que no lo creo y ménos áun lo creeis vosotros, en velar con un manto las magníficas austeridades de la verdad, segun la comprende la conciencia y debe ser divulgada entre la muchedumbre que nos escucha, confieso, señores, que mi palabra indómita y si quereis agreste, ignora los floreos, flexibilidades y delicadezas de semejante estilo. A una época que muere, entiendo que lo cumplido es empezar á decirle lo que fué su esplendor, lo que es su agonía y lo que, no poco á la verdad, le debemos en suma, y de un hombre que representa en algun modo el espíritu de su tiempo y ha valido mucho, creo que lo honrado sea exponer, no aquello que sus obras signifiquen ó valgan, quilatadas en un crisol meramente literario, á lo cual ya ántes dije por qué no me atreveria, sino un poco siquiera de lo que él mismo fué en resúmen con relacion á la parte principal de los adelantamientos de su época. Hay libros que, bien lo sabeis, valen más que sus autores, y hombres que, sea cual fuere su precio, merecen más que sus libros; Martinez de la Rosa es, á mi entender, de estos últimos. Y por lo que hace á los que se sobresaltan porque la política lo invade todo, hasta las academias, les recordaré que en el conjunto de aquellos progresos, los de más trascendencia en mi opinion y en la de muchos, los más disputables en el concepto de otros, son los que de treinta años á esta parte han cambiado, como es evidente, el organismo de nuestro sér social y nuestra constitucion política. Y si esto no admite duda, ¿pudiera comprenderse que entrára yo aquí y no hablára de Martinez de la Rosa? ¿Pudiera explicarse que hablára de varon tan célebre, y no de su época? ¿Pudiera entenderse que discurriera sobre su tiempo, y no dijese nada de su gran papel en el mundo, yo, á quien las conmociones de nuestra revolucion, y sólo ellas, ademas de vuestro voto, han traido á este lugar, como llevan las olas sus espumas á las arenas de la playa; yo, que estoy per-

suadido de que cuantos aquí se congregan, cuantos me escuchan, cuantos viven del pensamiento, acarician en su mente un ideal, en quien creen y que aman, á cuya religion son incapaces de mentir, y al cual se ajustan como las pleguerías de la túnica al cuerpo, como la expresion de la mirada y las modulaciones de la voz á los íntimos afectos del ánimo, los éxtasis de su fe, la disciplina de su conocimiento, y la virtud y el decoro de sus palabras? Podria comprenderse en verdad todo esto; pero á la manera en que nos figuramos la afectacion con sus ridículas falsedades. ¡Guárdeme Dios como de una desventura, de ofrecer ni siquiera pretexto para suscitar con mis palabras en la memoria de nadie tan tristes nociones!

Pero aun en el caso de que vuestro último presidente no hubiera sido lo que nadie ignora, ni fuera yo quien soy, ¿acaso no se promueven todos los dias en este salon, ya con bien poco disimulados disfraces de cuestiones literarias, ya con rúbricas filosóficas; bien para vindicar de críticas extranjeras el genio religioso de nuestros dramaturgos, ora exaltando, por cierto más de lo que se debiera en justicia y con escasa razon á mi juicio, la cristiana castidad de costumbres de edades pasadas y la impía corrupcion de la nuestra, los asuntos políticos que fuera de este techo, á veces con tanta exageracion, nos apasionan y dividen? Y ¿es esto un mal que deba lamentarse? No, ciertamente; no es un mal el que las cosas humanas sean de su tiempo, ni que transpiren hasta ellas los nobles afanes del espíritu. Decia en su grandioso lenguaje, y decia bien, mi malogrado amigo el marqués de Valdegamas que «toda cuestion política se resuelve en otra cuestion teológica», y yo por estilo ménos ambicioso sostengo que no hay punto de literatura que sea independiente de los grandes movimientos de la inteligencia del hombre, porque no hay manifestacion de la mente humana que no reclame y tenga su forma. ¿Qué significarian vuestras laboriosas y sábias pesquisas si no las iluminasen y rectificáran á cada paso el res-

plandor divino de los misterios en que adora la fe, la claridad serena de las verdades que divulga la filosofía, las adivinaciones casi milagrosas del sentimiento y las conquistas de la accion? La ciencia es una con sus variadas é interminables series, y uno es asimismo en su ilimitada jurisdiccion el arte; todo cuanto es está por manera universal y sublime en el arte y en la ciencia; una y otro no existirian si no fragmentaria, rudimental y subjetivamente, sin su símbolo vivo, que es el lenguaje; por consiguiente, los senderos y atrios que hasta este salon conducen y dan entrada, deben estar siempre abiertos á todo asunto honrado del conocer y del sentir, que no de otro modo podrá conseguirse el difícil objeto de limpiar, fijar y dar esplendor, esto es, alma pura y vida concertada, saludable y bella al idioma.

Por estas razones, despues de haber cumplido con el eminente académico de quien os he hablado, rindiéndole el homenaje, á mi ver de más estima, el de una opinion formal y concienzuda, sigo tratando, ya que no de la misma persona, de los propios objetos en sustancia; de historia y elocuencia, y por lo tanto de política, con las cuales me juzgo más familiarizado que con otras secciones del saber, si es que con alguna lo estoy como debiera, y de las que, no en el tono de los maestros, que, á pesar de vuestra eleccion generosa, no me glorio de contarme entre los sabios, sino á fuer de observador y hombre de mundo, que no ha vivido en aquella soledad feliz

Que ni escarmientos da ni ausencias llora,

ántes bien ha presenciado de cerca muchas mudanzas, y templádose y aprendido en el choque doloroso de afectos ardientes, puedo atreverme á decir alguna cosa.

Habeis oido lo que juzgo de los primeros pasos del movimiento reformador en España, y del espíritu del tiempo pasado desde los mejores dias de mi elocuente antecesor hasta aho-

ra. A mi entender, este último período, segun os he dicho tambien, va de vencida. Muere y se descompone en un parasismo que, asemejándose á la decrepitud, carece como ella, de dolor, y por lo mismo de majestad y de grandeza. No me pidais que os explique circunstanciadamente los hechos y las razones que me inducen á este juicio. Sacadme del concurso en que estamos, y en donde el respeto á la serenidad de la ciencia embota mi palabra, y ponedme en el paraje que querais; en la plaza pública, en las concurrencias de toda especie, en la casa misma de Dios, y ántes de que abra los labios, os contestarán por mí las gentes todas, el vulgo y los letrados, los poetas y los artistas, los filósofos y los políticos, hasta los sacerdotes desde la excelsa cátedra del Espíritu Santo, volviendo la vista con desaliento infinito así á las cumbres sublimes en donde se reflejan siempre las prosperidades y las desdichas de una nacion, como á los laboratorios más modestos en que se preparan, y exclamando con amargura indecible, al considerar las singulares miserias de que no pocas veces son aquellas y estos tristísimo teatro: *¡Ecce homines!*

Sí; el pensamiento capital que os ha trazado mi tosca pluma, menester es decirlo con franca y ruda osadía, pierde por momentos su virtud pasajera y baja presuroso á confundirse entre las vulgaridades estériles. Era una distincion, aunque especiosa, relativamente hábil, levantada con oportunidad en medio de dos impotencias iracundas; rota la compensacion á que éstas daban orígen, roto el equilibrio, la hipótesis, que pudiéramos llamar meramente equilibrista, se deshace. Se ha transformado en hombre vigoroso y dueño de sí aquel adolescente que os dije. El nuevo principio, resplandeciendo de salud, de fuerza y de virilidad, inunda los llanos y las montañas, se apropia las aldeas y las villas, los alcázares, los liceos y hasta el santuario, y el atleta viejo, caido en el polvo para no levantarse, lanza sus últimas quejas, sin que le responda otra voz que el gemido irónico

del eco, como si gritára en la lóbrega soledad de un panteon, y ha vertido ya todas sus lágrimas.

No hay remedio. Se han sembrado ideas sobre ideas con profusion desmesurada en las entrañas mentales de las nacientes generaciones, y el trigo sembrado brota, crece y llega á su granazon. Si es culpa esto, de todos es el delito, de todos, sin exceptuar á nadie; de los reyes, que no han hecho caso de la historia y han pugnado por transformarse en pontífices y en cuasi dioses, como de los pueblos que los han seguido servilmente primero y despues han vacilado en la obediencia antigua; de los filósofos, que han renegado de Dios ó han tratado de construir lo infinito y lo absoluto, como Newton construyó su binomio, y con esto han provocado la controversia sobre todas las cosas, y de los sacerdotes que, postrándose ante la diabólica soberbia de los reyes, han admitido la discusion y entrado en debate con los filósofos y ahora intentan bogar contra el ímpetu de la avenida; lo cual quiere decir que la culpa no es culpa, sino un hecho universal, propio de la especie humana, que se mueve y vive; que el trigo debió sembrarse, que ha debido tambien crecer y dar sus espigas y que es preciso humillar la cabeza ante los decretos providenciales, tender valerosamente las hoces y cosechar las mieses. Ahí están los hijos de nuestros pensamientos, de nuestros errores y de nuestra enseñanza; ahí los teneis, ved cómo se estremecen tumultuosos y atrevidos en las universidades, en las asociaciones científicas y literarias, y en las tribunas de las asambleas legisladoras al sentir la vibracion irritante de la palabra libre; ved cómo se embriagan con ella y cómo se agrupan en los pórticos, pidiendo con clamor indomable la pronta realizacion de las abstracciones en que hemos empapado sus almas. No es un atisbo del todo imperfecto ó despreciable lo que, tratando de fijar la ley de las revoluciones, ha dicho en este año que acaba de morir un escritor frances (1) á propósito de los períodos en que

(1) *La loi des révolutions*, par Justin Dromel.

hacen su advenimiento á la madurez de la vida social las generaciones humanas y en que nacen ó se regeneran las dinastías y las religiones. No hay remedio, vuelvo á decir; es forzoso levantarse. Los muertos que duerman como siempre en sus sepulcros; los enfermos quédense en los hospitales; resígnense los inútiles á esperar su hora; es preciso marchar. ¿A dónde? Esa es la cuestion. ¿A dónde?

No ha de volver lo que pasó segun fué, diga lo que quiera el poeta latino. ¿Quién lo duda? Por eso no hay en el mundo manía más inexcusable que la de quienes sueñan en restauraciones, y se me figuran, dígolo de paso y no en ofensa á nadie, tan mujeriles é inútiles las lamentaciones con que se va haciendo al uso y de moda el echar de ménos lo que no ha de revivir ni rejuvenecerse siquiera. No pensemos en lo que murió, sino como en una enseñanza para mejorar lo que vive y lo futuro. Al pié de las altísimas necrópolis que se alzan bajo la pesadumbre de los siglos en las anchuras solitarias del desierto, se detienen á llorar las almas enfermas; pero los espíritus cabales y valerosos hacen alto por minutos para confortarse en la más vital de las contemplaciones humanas, que es la de la muerte, y luégo, á la manera del viandante que ha sacudido el polvo de su túnica, continúan con animosa esperanza su camino. Pero ¿á dónde, vuelvo á decir, á dónde hemos de guiar nuestros pasos?

Señores, las formas pasan y mueren; mas el sér es uno, indivisible, eterno. Los individuos, las familias y las naciones, partes de que se forma la gran persona humana, nunca dejan de ser lo que por su esencia es ésta; están destinados, hirviendo en contínua generacion y en muerte contínua, á subir con él por una serie incesante de perfeccionamientos, cada dia más limpios, hasta un apogeo y una plenitud, de cuya progresion, de cuya pureza y de cuyos límites sólo Dios, en su soberana sabiduría, tiene conocimiento. Así nos lo enseña la historia en sus más ámplias generalizaciones y en su sentido más

profundo. ¿Sabian los primeros padres á dónde caminaban ni dónde se pararian cuando, poseedores de la ciencia del bien y del mal, dieron principio visible al gran duelo, que no acabará nunca, y comenzaron á discurrir trabajosamente sobre la haz de la tierra? Las familias, las tribus y las razas ¿han sabido nunca á dónde iban cuando, desde la márgen del arroyo escondido en la selva, salian á la llanura, se dilataban hasta los montes, y desde los montes descubrian el mar, sobre cuyas olas se trasladaban á las islas, y de las islas á nuevos continentes, á otras sierras, á otros valles y á otras llanuras? Va el hombre adonde lo lleva la ley de su sér, que es ley divina; va á vivir, esto es, á llenar la evolucion de su existencia como ha querido Dios que la llene; marcha, pues, guiado por la revelacion contínua de Dios. Cumplido un progreso, su propia naturaleza lo impulsa á realizar otro; domada en un punto la fatalidad mortífera que aprisiona su espíritu y embarga su accion, tiende otra vez las alas del pensamiento y vuelve á esgrimir los brazos para abarcar nuevas conquistas. Señor de la tierra, esclaviza el mar; amo de la superficie, ya se hunde en las entrañas del astro que habita y las hace suyas, ya se alza orgulloso por el piélago de aire en que esta su habitacion rueda bañada; ora, saltando los límites de la atmósfera, camina con la mente por lo infinito del espacio, y discurre, cual si tornase á la region en donde hubiera nacido, por entre la inmensidad de las estrellas, mesurando su curso y sus relaciones, deduciendo la ley que las impulsa, y tratándolas á modo de menudos granos de hierro que rodáran sobre el mármol de una mesa; ora, reconcentrándose en su sér y subiendo de la contemplacion activa é inquisidora del yo relativo y mortal á la de lo infinito, absoluto y eterno, comprende ó adivina que ántes y despues de ser lo que es, ha sido y seguirá siendo partícula y reflexion de la verdad pura, del bien inmutable, de la belleza típica; y arrobado por este celestial descubrimiento, en que se acrisola su fe primera, con el alma

encendida en amor inefable, arrasados los ojos en lágrimas, de gratitud y de ternura, con voz temblorosa de emocion sobrehumana, se humilla, cree y adora en aquél cuyos esplendores narran los cielos y la tierra, en el Omnipotente de quien es hechura, á quien se asemeja y por altísima virtud lleva en sí mismo y con quien, sin cesar, salvando las cárceles carnales que lo prenden, anhela confundirse. En suma, resistiéndose á estar como el risco, á vegetar como el árbol, á moverse como el bruto, esclavo de las fuerzas de todo calibre que lo admiran, rodean, perturban, amenazan y ofenden, estudia las leyes de cada una de ellas, las deduce, gradúa, clasifica y absorbe en una idealidad genérica, espiritualizándolo todo hasta lo posible, y extendiendo así de hora en hora el radio cada vez más luminoso y la pureza creciente de su conocimiento y de su poder, de su trabajo y de su jerarquía, de sus deberes y de sus derechos, de su libertad y de su gloria.

Está dada, por consiguiente, la respuesta. Hemos realizado una evolucion de nuestra vida, es decir, un progreso, y somos impulsados á poner en práctica el que sigue en la serie de nuestra existencia como sér colectivo; hemos vivido y continuamos viviendo. Pero ¿cuáles son en suma, dirán algunos, el bien logrado y ese otro adelantamiento á que se nos supone irresistiblemente impelidos? Aquí se descubre el fenómeno inmortal, que se llama sectas en lo religioso, en la filosofía escuelas, y partidos en la política. Aquí se ve el efecto de la causa suprema que hace primariamente al hombre y á los pueblos libres para elegir su religion y, una vez elegida, para explayar el espíritu de su fe, sin otros límites que los de la justicia; libres al propio tiempo para asimilarse, perfeccionar y difundir sin excepcion alguna todo cuanto sea asunto honesto del conocer; libres, en fin, para formar asociaciones de todo linaje; esto es, para trabajar é influir honrada, pacífica y abiertamente, segun sus ideas, en la gobernacion del gran complexo de que forman parte. No ignoro

que hay quienes dicen y sostienen que las revoluciones todas del mundo antiguo y del moderno, y por lo tanto la de España, han sido y son desventuras é infortunios, con que la cólera de Dios ha castigado y castiga los crímenes de los pueblos y de los hombres; que, por consiguiente, todas estas libertades, derechos ó preeminencias de que se habla con tanta vocería, no deben ser tenidos sino como fruto emponzoñado de la maliciosa intervencion del mismo demonio; que no hay tales mejoramientos ni semejantes series progresivas; que el hombre es un sér soberbio, malévolo, degradado é incorregible; una especie de animal lascivo, rabioso y traicionero, que debe estar siempre amarrado á la cadena y sujetó con buenos bozales; y todo cuanto hoy sucede no otra cosa que una endiablada madeja y confusion de serpientes iracundas, y una behetría repugnante, aborrecible y sacrílega. Respetando este lúgubre dictámen, que no recomienda mucho la genialidad de sus autores, ni es en sustancia mas que la vieja y repugnante filosofía del tormento, de la hoguera, del puñal y del patíbulo; la filosofía tenebrosa de la inquisicion y de la junta de salud pública, la de Neron y la de Diocleciano, la de Simon de Monforte y la de Juan Ziska, la de Torquemada, la de Cromwell, la de Robespierre y la de Saint Just, diré lisa y llanamente, con la serenidad de una persuasion tan profunda, que raya en lo religioso, que no me parecen grandemente cristianas estas devotas sentencias, y hasta donde lo permita el acto presente, expondré lo que pienso sobre la duda indicada.

Al repasar por la memoria el período cuyas congojas mortales presenciamos con una frialdad más aparente que positiva, con una calma que nada tiene de estoico y que debiera sobrecoger de susto, más que á nadie, á los mismos que se lisonjean mirando esta especie de atonía como un indicio de salud y de duracion (1), da en los ojos un hecho, que nadie puede desconocer

(1) Cuando se escribia esto, hace tres meses, era comun mirar la indiferencia

ni destruir, áun dejándose llevar de las preocupaciones más apasionadas. Doy á este hecho una denominacion que nada tiene de original y con què hasta ahora, ignoro por qué causa, no se ha definido entre nuestros estadistas, pero que, á mi entender, figura más claramente que otra alguna el objeto cuyos significado y expresion se propone. Así como de Inglaterra se ha dicho con razon que es gobernada por una fuerte aristocracia, España puede afirmarse que era áun, hace bien poco, una monarquía teocrático-absoluta; el dicho del adagio vulgar lo explicaba con triste exactitud y con gracejo tan amargo como inimitable: *Al Rey y á la Inquisicion, chiton.* ¿Será menester que me detenga á probarlo de otro modo? Quizás lo haga algun dia, metiéndome en las entrañas del asunto, si la paz del ocio, de que no soy ahora dueño, me lo permite; entre tanto bástame afirmar eso que nos viene la voz verídica y pintoresca del vulgo de siglo en siglo declarando. Pues bien, señores; el hecho protuberante que, en mi opinion, resume todo lo que ha logrado España en más de diez lustros de crueles discordias, con ningun otro nombre puede expresarse más cabal y adecuadamente que con el de una secularizacion de todas sus fuerzas y de todos sus intereses sociales y políticos. A pesar de los penosos trabajos de la escuela regalista, cuya idea y cuyos fines autocráticos estoy muy léjos de admirar ó seguir, propósitos que asoman ya en los tiempos de Fernando el Católico sus soberbias pretensiones, en ley de verdad las mismas que realizó Enrique VIII de Inglaterra y que forman el fondo verdadero de las libertades galicanas; á pesar del golpe, no de estado sino de fiera tiranía, que dió, cediendo al regalismo, Cárlos III con la bárbara expulsion de la órden famosa de Jesus; desde Cárlos I y Felipe II hasta la muerte de Fernando VII, una clerecía innu-

aparente de la opinion como un síntoma de fuerza. He tenido que componer este discurso á ratos perdidos, interrumpiendo mi trabajo con frecuencia y entre muchos y muy variados quehaceres.

merable ha venido más ó ménos apoderada de todo entre los españoles, así en el gabinete del Rey como en sus consejos, en la enseñanza y en la magistratura, en la explotacion del terreno y en la circulacion de la riqueza, en las municipalidades y hasta en lo interior de las familias. Ahora mismo los mejores orígenes de donde se deduce el censo de la poblacion con todos sus aspectos morales y fisiológicos, está todavía en sus manos. Gozaban del derecho á instruirse solamente aquellos que por condescendencia, muy á menudo comprada con sumisiones vergonzosas, conseguian permiso superior para leer, es decir, para pensar; eran, por consiguiente, las ideas un caudal misterioso, á modo de mercadería fraudulenta, vinculado en la clase más potente y mejor organizada de la nacion y en sus discípulos, afines, comensales y criados; y como sin idea no hay voluntad, iniciativa ni obra posibles, monopolizado así el ejercicio del pensamiento, natural era que estuviese tambien sometida al mismo monopolio la expresion última de todo trabajo, la riqueza; esto es, la propiedad y muy especialmente la del suelo y la de la casa, aquellas que por ningun artificio pueden ocultarse, por las que se acalora más íntima y cariñosamente el sentimiento del hombre, y que más lo moralizan y ennoblecen. Todo esto ha salido del poder, moral ó material, directo ó indirecto, de la jerarquía eclesiástica. El país ha rescatado con afanes muy dolorosos y á grandísima costa el señorío de su inteligencia, el de los campos que cultiva, el del hogar donde se calientan y crian sus hijos; su voluntad, en fin, y el fruto de sus sudores. Hagan cuanto imaginar puedan los imprudentes que otra cosa murmuren á oidos por donde sólo las verdades del bien general debieran atreverse á buscar entrada fácil, la monarquía y el gobierno político se han secularizado; tambien la enseñanza y la ley, el concejo, el santo asilo de la familia y hasta la moral se han hecho seglares, y no hay fuerza humana poderosa á contener el ímpetu del pensamiento y la propagacion vencedora de

sus manifestaciones, ni á desbaratar la nueva y á cada instante más trabada contextura de los intereses mundanos. Este es, señores, el progreso cumplido. Pueden sin gran dificultad calificarlo acerbamente la censura, más especiosa que sólida, de los genios pesimistas, y la exasperacion excusable de los que, creyéndose despojados, y habiéndolo sido quizá en cierta manera, luchan aun por recuperar lo que perdieron; así es que no faltan, como ya he dicho, quienes á tan estéril labor dediquen su triste talento, ni deja de haber espíritus que asocien á tan inútil tarea su biliosa ingratitud; diré más; sería de sentir que no hubiese inteligencias que á este infructuoso trabajo se consagrasen ó almas melancólicas sinceramente adheridas á la poética religion de los recuerdos; de todo ha de haber en el mundo: lo que no me parece tan llano, es dudar del hecho en sí, sea cual fuere su mérito histórico y moral, y de su incalculable trascendencia; valdria esto lo mismo que poner en duda esos rayos de lumbre que, dándonos á los más la vida, encienden, con todo, mortales calenturas en las organizaciones flacas y enfermas, rayos de lumbre sin cuyo auxilio trataria en vano de leeros estas páginas. El adelantamiento que se aproxima, y cuya realizacion, lo declaro lleno de ardiente esperanza, cae gravitando con una responsabilidad que no puede medirse, sobre las nuevas generaciones, no ya sobre nosotros, que, aminorados por la muerte y por el consumo de prestigios que hacen con su impía voracidad las revoluciones, puede decirse que hemos pagado ya nuestras deudas, y somos á manera de inválidos, que no atinan á tratar bien de otra cosa que de las campañas en que sirvieron, consiste, por consiguiente, en modelar el Estado y esculpirlo vigorosamente segun la gran significacion de este *novus rerum ordo;* esto es, en hacerlo con sinceridad representativo, como lo fué hasta nuestros dias, de los hechos reales á que todo Estado debe referirse; perdónenseme las palabras; representativo del diámetro y del volúmen de la ciencia propagada y del carácter

esencial de los intereses nuevamente creados. El fin de esta gran transformacion, que va dibujándose cada vez más fuertemente en los pueblos de Europa, que viene ya sintiéndose, aunque con fuerza menor, en España, y que Dios sabe cuánto tardará en llegar á buen término, ni las vicisitudes por donde está destinada á pasar, no se necesita tener gran penetracion para decir que puede encerrarse en estas palabras: libertad y armonía para la fé, es decir, para el sacerdocio y para la Iglesia; libertad y equilibrio para el pensar, esto es, circulacion plenamente libre del conocimiento bajo la igualdad del derecho comun; libertad para el trabajo, para la riqueza en su acepcion más lata y espiritual, ó lo que es idéntico, cambio y asociacion tambien libres; finalmente, unidad política, permanente, responsable, austera y sobria; gobierno vário y á la par uno; monarquía de derecho humano, limitada y sintética, que resuma y anude en justa relacion estas tres direcciones de los actos del hombre.

Grande es sin duda la perspectiva que ante nuestros ojos con estas afirmaciones se dilata, y difícil la obra que en sus vastos términos ha de levantarse. Se alzará, á pesar de todo, de la misma manera que se alzaron todas las construcciones que marcan en nuestra história desde los tiempos más remotos la participacion de España en los perfeccionamientos sucesivos del linaje humano, y á su ejecucion contribuirán como ha sucedido siempre con los actos de las entidades colectivas, todos los principios y todos los esfuerzos; así los de quienes rinden culto escrupuloso á la tradicion, á la costumbre y á la historia, como los de aquellos que estiman y acatan, sobre la virtud directa de los datos materiales y por encima de la autoridad de los hechos, lo meramente ideal á que amoldan sus doctrinas, y más que otros algunos, los de las clases numerosas á quienes importa é interesa siempre el moderar lo mismo la acritud de los impulsos que la sequedad de las resistencias. Sí por cierto; no habrá quien se libre de hacer, aunque no quiera, su

parte del trabajo comun; concurrirán todos inevitablemente; los unos afanándose en el bien áspero de reprimir y castigar á punto los ímpetus excesivos, los otros labrando con teorías semiproféticas y con padecimientos generosos, las etapas futuras de la vida social, los últimos fortaleciendo y fijando las adquisiciones hechas, tarea bien penosa y por lo comun mal remunerada, y todos conducidos por la inspiracion de Dios, por la ley vital de su mejor criatura, la gran familia humana, de quien son miembros principales, nobilísimos y necesarios. Seguirán, pues, sin reposo, el trabajo, el sudor y la lucha; porque esta batalla del hecho y la idea, del fatalismo y la libertad, del cuerpo y el alma, de la ley que nos damos y la justicia superior en que creemos ó que presentimos, es la esencia misma del vivir, anterior al hombre, consustancial no sólo en él, sino en todo lo creado; se dá á todas horas, sin cesar y en todas partes; únicamente en la omnipotencia de Dios deja de reñirse, y por lo tanto, no acabará nunca, como he dicho hace un momento, sino que ha de seguir por los siglos de los siglos, mientras viva la creacion, resolviéndose siempre en duraciones que, aunque pasajeras, son reflejos de la unidad infinita, donde acaba ese fenómeno, más temeroso que temible, que llamamos muerte, de la unidad suprema en quien son armonías espontáneas y radiantes, atributos inmaculados y complementos de soberana hermosura, todas las contradicciones, todos los antagonismos y todas las discordias.

Entramos, pues, en un campo nuevo, donde con armas acaso más sutiles y ménos impías, á propósito de otros motivos no más ni ménos poderosos, van á encontrarse otra vez las mismas corrientes de pensamientos, sus análogas locuras y utopías, y aunque con apariencia más esmerada, iguales intereses, si bien se mira, y las propias pasiones. Observad, si no, lo que está sucediendo y ved en qué modos, bajo otros lemas y signos, cubriéndose con armaduras y ropajes nuevos y empleando má-

quinas diferentes, al redoble, no sé si tan clamoroso, pero no ménos excitante, de otras marchas, y dirigidas por otros cabos se reparan, toman posiciones, se proveen, atrincheran y emboscan, escaramucean y vienen ya á punto de embestirse, si con más cultos ademanes, con no menor empeño; si con furia ménos manifiesta, con más habilidad, las mismas haces que en estos últimos cincuenta años se han combatido. ¿Me veré obligado á nombrarlas? ¿Habré de explicar bajo qué estandartes y divisas toma su porcion de campo cada tendencia? Eso sería traspasar los dinteles á que estos razonamientos deben circunscribirse. Por otra parte, lo dicho sobra para recordar los dramas que en nosotros fermentan y que por los cincelados de estas figuras bien al vivo se descubren. Hace ya tanto que venimos juntos en el viaje de la vida los que somos de un tiempo; se han desplegado ante nosotros tales tragedias y alguna vez tan cómicos sainetes; sabemos cosas tan peregrinas, y los que van subiendo á la cúspide de nuestra edad nos han oido tanto, y ponen á su vez tan leve cuidado en disfrazar sus propósitos, que no es preciso descender hasta decir las cosas por su nombre, ni acentuar mucho las frases, para que de todos sean y á media palabra bien interpretadas y sentidas.

No quiero, sin embargo, terminar la composicion de este ya con exceso largo discurso, sin exponer, aunque me arriesgue al triste azar de incurrir en el desagrado de la Academia, alguna comprobacion de las generalizaciones á que me he atrevido.

Así como los profesores de anatomía comparada por el exámen de cualquier reliquia de alguno de esos monstruosos animales, cuya especie dejó de existir hace ya miles de años, pueden llegar á reconstruirlo mentalmente hasta el punto de rehacer sus músculos, cartílagos, tendones y membranas; formar el tejido de su piel y describir no solamente sus instintos, sino tambien la estructura y materia de los terrenos en que vivia, el

tamaño y dibujo de las plantas de su tiempo, y los grados de calor y luz en que se propagaba; del mismo modo con respecto á la historia de la humanidad, puede asegurarse que, conocida cualquier forma de las que han objetivado el pensamiento del hombre en una época, es posible deducir la depuracion á que ha subido aquel y los límites que abarcan su intensidad y su imperio. *En las obras del arte*, dice un filósofo (1), *es donde las naciones han depositado sus pensamientos más íntimos y sus más ricas intuiciones, y es frecuente que las bellas artes sean la única cifra con cuyo auxilio nos es dado penetrar en los secretos de su sabiduría y en los misterios de su religion.* Yo extiendo á más esta afirmativa: no en algun caso ó con frecuencia, sino en todos y siempre, cuando querais conocer la fuerza vital de un pueblo, ninguna otra investigacion podrá descubríroslа mejor que aquella que se ejercite sobre la forma de su palabra, y por palabra entiendo la que habla, así en los sillares y cornisas del Partenon, en el mármol del Laocoonte y del Apolo, en el gran muro de la capilla sixtina y en las lógias del Vaticano, como en los versos de la Iliada ó de la Divina Comedia; por la boca de Job, de Edipo, de Prometeo, de Hamlet, del Cid, de D. Juan Tenorio, de D. Quijote ó de Tartufe; en la vibrante plegaria de Stradella, en las obras de Mozart, de Bethoven y de Rossini, ó con la voz del gran Demóstenes que todavía desde la roca de la tribuna ateniense resuena en las almas encendidas por el santo coraje del amor á la patria, y ondula viva y ardiente en el seno de nuestra civilizacion, al traves de veinte y dos siglos.

Aquí me asalta un deseo, de que no puedo librarme y que me habeis de perdonar satisfaga, aunque no sea sino en digresion brevísima. No me someto á ver excluida del ramo científico que sin gran propiedad llamamos estética, la serie metódica de principios cuya mira es dar lineamientos castos y puros, pene-

(1) Hegel, *Curso de Estética*, introduccion.

trantes, numerosos y bellos, al discurso prosáico. Me gusta, sin reserva, cuanto hay de audaz y progresivo en las especulaciones metafísicas que proceden de las obras del filósofo de Koenisberg, y lo celebro, más que por otra causa, porque, libres del espíritu rastrero, apasionado y destructor, mal llamado filosófico, de la época voltairiana, tal vez estrellándose en lo imposible, ó acaso contradiciéndose fatalmente, son, con todo, en altísimo grado y por muy limpia manera, religiosas, morales y humanas, con perdon se diga de aquellos que de todo se asombran, y no ven sino errores y pecados en todo lo que no sanciona su doctrina. Me doy asimismo cuenta, con regular lucidez, de las áridas y escabrosas nomenclaturas que se han juzgado indispensables para fijar el sutil encadenamiento de la deduccion en los nuevos sistemas; nomenclaturas y fraseología difíciles por cierto de traducir á nuestro idioma y que léjos de iluminar, en muchos casos confunden y oscurecen el entendimiento; mas cuando, replegándome á lo que es, tal y como es, allende el tecnicismo, quizá necesario, de las aulas, lo recojo y contemplo atentamente, sin intentar descomponer en lo mínimo su consistencia sustancial, confieso que no descubro, no alcanzo, ni sé que pueda saber, descubrir ni fijar nadie en qué punto deje de ser la hermosura á modo de explosion visible de la verdad y del bien, del amor y de la idea, de la fe y del conocimiento; explosion *nunca libre*, siempre con una y otro, absoluta é indivisiblemente unida y simultánea. Por la misma incapacidad en que estoy de separar estos tres conceptos divinos del ente, la verdad, el bien, la belleza, tampoco alcanzo cómo he de manejarme para destruir en un lado, y dejar en otros levantada y viviendo la unidad que identifica con la forma sensible, la intuicion, el sentimiento y la idea; unificacion en la cual precisamente estriba la esencia de lo bello y de las creaciones del arte donde lo hermoso se concreta, se actúa y se determina. *No logra eficacia la ciencia*, dice un eminente escritor y político de

nuestros dias, *si la verdad, que es el objeto propio de la cognicion, no es representada de manera que gane el afecto por el camino del corazon y de la imaginativa, y si, de consiguiente, el saber no llega á convertirse en elocuencia* (1). Bien me explico que el templo, el palacio, la necrópoli, la casa y hasta el jardin; la estatua, la pintura y el adorno; el salmo, la cancion, el coro y la sinfonía; la oda, la epopeya y el drama; la declamacion, la mímica y hasta el baile; la novela, el cuento y la inscripcion; la sátira, en fin, y áun la caricatura, tengan, como tienen, su ley comun, su razon abstracta, y se agrupen y alienten al traves de las edades en las obras humanas, con la reflexion de lo ideal, sublime, patético y hermoso; mas no sé de qué manera explicarme, sin caer en negaciones que me repugnan y ofenden, la causa de que en una construccion de doctrina sobre la belleza, que es sin duda el primer documento realmente científico que sobre este punto nos da la historia del pensamiento humano, hayan sido tiránicamente desterradas, así la narracion histórica, de cuyo sumo poder para producir lo bello tenemos tan magníficos testimonios en lo antiguo, y se dan tan nobles demostraciones en los dias de ahora, como la elocuencia, el arte maravillosa que Platon, filósofo, orador y poeta juntamente, definia con el nombre pintoresco y profundo de razon apasionada, y que yo me atrevo á llamar hija predilecta de la música, procreada á la par de la poesía; mas que ésta libre, si no en los asuntos que toma, en sus desenvolvimientos; artísticamente científica como la arquitectura, científicamente artística como su madre, y sólo á ellas en la sobrehumana proporcion de esta esplendente y poderosa dualidad comparable y parecida.

Si la idea es en el arte, como en todo producto humano, el elemento esencial; si el arte, como toda obra del hombre, no tiene otro empleo que el de manifestar bajo apariencia sensible y ade-

(1) Gioberti.

cuada la idea que constituye el fondo de las cosas; si la filosofía del arte, en consecuencia, abriga por fin primero el comprender dentro del pensamiento abstracto aquella idea y su manifestacion bajo la forma de lo bello en la historia de la humanidad (1), ¿cómo el pensador que tal afirma al terminar la consideracion de las formas particulares de que se reviste lo ideal en su desenvolvimiento, puede más adelante, cuando se propone definir el poema, arrojar del dominio de la filosofía de lo bello no sólo la austeridad majestuosa y espléndida de la composicion histórica, sino tambien el conjunto de principios, no ménos grande y seductor, por el cual siempre y en todo la verdad y el bien son por el hombre, no solamente como bien y como verdad, sino como inagotable venero de hermosura y de soberano deleite comprendidos y adorados? ¿A dónde irán á guarecerse la elocuencia y la composicion histórica, así excluidas del santuario científico del arte? ¿De qué recurso se han de valer en lo sucesivo para penetrar en el entendimiento y apoderarse del alma del hombre, las grandezas inenarrables y soberanamente poéticas de la religion, las virtudes bellísimas de la moral, de la filosofía, del derecho, de las ciencias todas, hasta las más áridas, en fin de la estética misma áun más que de otra alguna, si los hechos humanos que son asunto de la historia han de quedar reducidos al aislamiento estéril y á la aridez del cronicon, y la elocuencia á un mero accidente subjetivo y fugaz del lenguaje, inferior en su faz estética á la danza y á la jardinería?

Quisiera, pero no puedo, detenerme en este punto, para subir al orígen de donde manan tan prominentes errores. Creo que si lo hiciese, tendria la fortuna de robustecer mi opinion con la autoridad y el auxilio de numerosos sabios, así de las épocas pasadas como de la presente, no ménos profundos, aunque con dificultad

(1) HEGEL.

¡cosa notable y contradiccion maravillosa! más elocuentes y artísticos en sus oraciones que el gran catedrático de Jena, de Heidelberg y de Berlin. Debo á la ejemplar resignacion con que me estais escuchando el no extender á mayor alcance esta especie de protesta, y conténtome con decir que por ningun camino puede llegar mi pobre entendimiento á la nada absoluta, de donde aquel pensador se obliga á sí mismo á proceder en sus construcciones metafísicas; y por lo tanto, que no supongo á Dios, sino que creo en él; que no analizo ni elaboro con mi razon imperfecta, que, aun siendo como tal perfectible, no ha de llegar con su anhelo insaciable á la perfeccion suma, una ley divina, *subordinada al progreso, manifestada al principio de un modo inconsciente en la naturaleza, adquiriendo despues el conocimiento de sí misma en la humanidad, y poseyéndose por fin entónces como espíritu, para póder realizar por el arte la unidad de la naturaleza y del pensamiento* (1), porque eso valdria tanto como aspirar á ser dueño de crear y descomponer lo absoluto, y lo mismo que suprimir al Hacedor, para divinizar á la criatura y transformarla en orígen, cifra y ley del universo. Digo que me siento vivir en Dios, y sé que lo traigo siempre en lo más puro y hondo de mi alma, porque así me lo grita con vigilante y poderoso sobresalto la voz de mi espíritu consciente. Declaro que no estoy, ni concibo poder estar nunca libre de la infinita esencia, presencia y potencia de la Divinidad que, como dice san Agustin, *administrat omnia quæ creavit, ut etiam ipsa proprios exercere et agere motus sinat;* y que no veo, por lo tanto, saber ni arte cuyo fin en sustancia no sea Dios, es decir, la suma justicia y la suma libertad, que no lleven al infierno del vicio, de la insensibilidad y del embrutecimiento. Afirmo, en una palabra, que Dios es para

(1) Extracto en sustancia de la exposicion de la idea de Dios, segun Hegel. Doctrina de muy contestable originalidad, sea cual fuere el saber y la sinceridad de quienes la profesan, y que ofrece, como es sabido, insignes ejemplos de su lastimosa infecundidad en la historia de algunas religiones orientales.

mí la existencia de todas las existencias, la ley de todas las leyes, el tipo increado de todas las formas, sobre quien nada de provecho puede hablarse, como no se enderece y encamine á adivinarlo, sentirlo, conocerlo más y más é identificar nuestro sér con su perfeccion absoluta; á creer y adorar con la fe y el conocimiento en su omnipotencia, ofreciéndole á todo instante la purificacion santa que nos traen nuestros trabajos, angustias, sacrificios y lágrimas, juntamente con el aroma sereno y piadoso y las dulzuras melancólicas de nuestras momentáneas alegrías.

Claro es que, siendo esta la basa de todas mis ideas, el punto indisputado en donde se originan todos mis pensamientos, la flor más fragante de todas mis experiencias, se unen en mi mente la fé, el conocimiento y el arte con lazo indestructible; claro es asimismo que, partiendo de tal idea, lo bello humano y lo bello natural no son para mí obras solitarias y tristes del orgullo del hombre, diferentes de la hermosura que brilla en la creacion, ni mucho ménos superiores á ella, sino rayos celestiales de la belleza divina; y tambien es obvio, por consiguiente, que la filosofía del arte se ofrece á mis miradas como la ciencia del verbo exterior con que Dios se revela á sus criaturas, y con que el hombre, revelándose libremente á sí propio, y mirando á la perfeccion inmaculada, actúa su ideal y se sublima por la mediacion de los sentidos hasta la comprension y el sentimiento de su divino orígen.

Dicho esto, que salta de mi inteligencia con afanosa gana, no lo niego, de aprovechar una buena coyuntura de las que se presentan pocas veces á los hombres que viven en el torbellino de la accion, para dar público y enérgico testimonio de su fé; dicho esto, que fluye de mi alma entera con la dulce facilidad con que brota el llanto de los ojos de la madre viuda al recibir, despues de largo apartamiento, las caricias de su hijo único, me doy prisa á reanudar la rota ilacion de mis razones, y vuelvo á mi propósito.

Sostenia que el nivel de la palabra de los pueblos es la prueba más grandiosa y persuasiva, como si se dijese, el termómetro de su cultura y de su verdadero poderío. Habiendo afirmado lo que me habeis hecho el honor de escuchar sobre el gran movimiento que nos arrastra juntamente con las demas naciones del mundo civilizado, y teniendo contraida la obligacion de concluir este discurso dando alguna demostracion de mis afirmaciones, vuelvo rápidamente la vista á la historia, y entre los varios modos por donde se manifiesta el genio de España, elijo, pues, la elocuencia para daros la prometida confirmacion de cuanto he dicho.

¿Cómo os explicais el creciente silencio de todas nuestras tribunas durante la larga noche de tres mortales siglos? ¿Cómo os dais razon de que el pueblo de quien brotaban Lulio y Vives, Cervántes, Lope, Calderon y Quevedo; donde hablaban Santo Tomas de Villanueva, Avila, los dos Luises de Leon y de Granada, Palafox, Bocanegra, Santander, Barcia, Diego de Cádiz y Lanuza (1); los procuradores á Córtes Valera y Zumel; San Vicente Ferrer y su competidor Arnaldo de Tongues, Jimen Perez de Salanova y Berenguer de Bardají, Guillen de Balseca, Sperandeo de Cardona, Arnaldo Albertin y el defensor de Fray Bartolomé Carranza, Martin de Azpilcueta; Covarrubias, Arias Montano, Galindez Carvajal, Lopez de Ayala y Agustin (2); donde escribia sus libros admirables y brillaban Santa Teresa de Jesus, Ana de Cervaton, Luisa Sigea, Isabel de Joya, Oliva Sabuco y

(1) Debo á la amistad de un sabio sacerdote, cuyo nombre no necesito decir, indicaciones sumamente preciosas, que me han puesto en camino de rectificar opiniones que tenía, no bastantemente fundadas, acerca de nuestros oradores sagrados.

(2) Mi buen amigo D. Cayetano Manrique, autor, con el Señor Marqués de Montesa, de la *Historia de la legislacion española*, me ha facilitado apuntes curiosos, sacados de los muchos que para su excelente obra tiene reunidos, que me han guiado en la tarea de ampliar mi estudio y formar mejor mi juicio sobre nuestros antiguos oradores políticos y forenses. Sirva esta nota de muestra de afecto al amigo de mi juventud, cuyo mérito y cualidades características no han sido premiados hasta ahora dignamente.

la duquesa de Aveiro, y nombro adrede á estas hembras famosas, porque la ilustracion de la mujer es el mejor síntoma de fecundidad y lozanía en un pueblo; cómo os dais razon, digo, de que este país, donde con tal lujo y con vena tan abundante se manifestaban el saber y la poesía, sobre todo la elocuencia, que cuantos he dicho, y otros que no he nombrado, esclarecieron por tan nobles y diferentes extremos, fuera poco á poco empobreciéndose, y parase en no tener una sola voz que diese indicio de su briosa arrogancia, ni en las universidades, ni en el foro, ni en el sublime asilo del púlpito? ¿Cómo comprender que la magnífica é imperiosa lengua á cuyas robustas vibraciones se juntaba la cristiandad católica y vencia en las olas de Lepanto, como jamas se ha vencido, al propio tiempo que aceptaban la ley de salud y la civilizacion millones de salvajes en las inmensas zonas del Nuevo Mundo y en los intrincados archipiélagos del Asia, degenerase hasta la vergüenza de dar motivo necesario á la justa sátira del Padre Isla? ¡Ah, señores! dice bien el grande historiador romano: *Magna eloquentia, sicut flamma, materiâ alitur, motivus excitatur* (1) *urendo clarescit*. Donde no faltan materia y movimientos que nutran y exciten la llama divina; donde ardiendo resplandece, no de pasada sino con fulgor continuo, la elocuencia, clarísima señal es de que la virtud, el decoro y la libertad del pueblo rayan muy arriba, y por el contrario son siervas las naciones, juguete de la corrupcion y de la ignorancia, y miserables, cuando la palabra del orador deja de ser la del filósofo, enmudece ante el carcelero y el verdugo, ó lo que es peor áun, se prostituye y pone al servicio del sofisma, que, segun la frase de no me acuerdo qué doctor de la Iglesia, *circum præcordia ludit;* se consagra á lisonjear bajamente á los que reinan, ó se transforma en eco vil de las trivialidades y groserías del populacho. *La servidumbre más justamente fun-*

(1) Tácito, *Diálogo sobre los oradores.*

dada, dice tambien el antiguo y desconocido autor del Tratado sobre lo sublime, *es una como cárcel, en donde el alma decrece y en cierto modo se achica;..... Quienes no han probado del vivo y fecundo venero de la elocuencia, esto es, de la libertad, consiguen á lo sumo ser grandes y magníficos aduladores. Por eso..... Tal vez sirva para las otras ciencias, pero nunca podrá llegar á orador el que es esclavo* (1). Enmudecieron nuestras tribunas porque el genio de España se aniquiló bajo el poder despótico de los reyes y de los inquisidores, que mutuamente se auxiliaban con sus respectivas fuerzas; degeneró entónces todo, cátedras y togas, buriles, pinceles y liras, hasta la elocuencia sagrada, la más hermosa que concebirse puede, al embate de las ardientes y corruptoras aberraciones de la humildad ascética y de la soberbia monárquica. El rasero del despotismo pasó sobre el país, como la guadaña del segador se tiende sobre las ricas praderas desnudándolas de sus verduras, y en vez de subir los ignorantes á la alta gradería de los sabios, descendieron los sabios al ínfimo pavimento de los ignorantes. Aquella sencillez austera y hermosa del discurso, hecho *populariter, more omnium*, ó *nudis verbis*, como preceptuaban San Crisóstomo y San Francisco; formas que no excluyen ni con mucho la elegancia y el atractivo, la pulcritud y la belleza, se trasformó en trivial fraseología, y no pocas veces en impúdica chocarrería (2). Esclava, sin vestiduras, en cueros vivos y azotada por el verdugo, la palabra obró como sierva rebelde ó como bacante loca; hízose sátira cruel y clandestina, ó se revolcó ebria en el lodazal del pedantismo, de la supersticion y de las granjerías cortesanas. Faltó la luz á la sombra; faltó la contradiccion pública y faltó la materia; murió la

(1) Estos períodos no se encuentran en el *Tratado* comunmente atribuido á Longino, en el órden con que los presento; por esa razon los separo con puntos suspensivos.

(2) Quedan de esto todavía rastros, que por honor de la época en que vivimos y decoro de la religion debian desaparecer.

libertad y apagóse el movimiento; sin materia y sin mocion, paralizóse la vida y dejó de resplandecer *urendo* en nuestros silenciosos y oscuros horizontes el lampo celestial de la magna elocuencia.

En aquel punto dobló iracunda la campanada fúnebre de las agonías y de las tribulaciones invencibles. Habiamos perdido la libertad y la palabra, y la gloriosa pesadumbre de la dominacion se nos fué de las manos. Los abismos del mar se tragaron nuestras flotas; perdimos uno á uno los reinos y provincias florecientes, que habian clavado el poder de España en el corazon de las naciones europeas; Portugal se nos rebeló con ira, y en las Baleares y en Gibraltar vimos al inglés plantar sus tiendas y construir con insolente sosiego sus atrevidos baluartes. Dos causas de corrupcion nos habian envenenado y oprimido; las dos tomaron en el sólio cuerpo y forma visibles. Al concluir el siglo XVII, el ascetismo religioso, no teniendo ya qué devorar, se concentra en sí y herido de espantosa demencia, se esculpe con rasgos funerales en la macilenta figura de Cárlos II de Austria, el impotente hechizado; cien años despues la corrupcion moral y política, mezcla gangrenosa del furor de Mesalina y del descoco de la Dubarry, se pinta con la estridente desenvoltura y cínico fantasear de Goya en las innobles francachelas que arden en torno del hijo infeliz de Cárlos III. Y en pos de los pecados vinieron como llegan siempre los castigos. Despues del rey que no tuvo poder más que para construir un mezquino mausoleo subterráneo y tenebroso, la guerra de sucesion; detras de las ignominias de Godoy, la lucha colosal de la independencia. España bebia á trago largo y hasta las heces el cáliz de las expiaciones.

Mas no era la voluntad de Dios que faltase del mundo la individualidad española. Algo sucede que anuncia la rehabilitacion de nuestra raza; revive la elocuencia de sus cenizas. Mirad cómo sale de nuevo de su propia degeneracion, al declinar el siglo

último, y principia á mostrarse por todos lados, y principalmente en este ilustre instituto, tal vez en este propio lugar donde ahora yo, heredero indigno de preclaros fundadores, encomio con inhábil artificio prosperidades y esperanzas en que ni siquiera se soñaba entónces. La columna de fuego de la revolucion venía ya bramando sobre la montaña y cruzaba los golfos; en breve salvará las fronteras y las costas, y caerá en lluvia de lumbre sobre las ciudades y las llanuras. Ya llegó. España ha sido alevosamente abofeteada por la mano del extranjero; la ardiente sangre de Viriato y de Ruí Díaz sube á borbotones del corazon á la cabeza, y lágrimas de dolor rabioso escaldan sus mejillas. El esclavo se arranca con furia sus cadenas. ¡Milagro de Dios! El paralítico corre, el ciego ha abierto los ojos y ve, el mudo ha recobrado la palabra. Sin hacer cuenta de sus enemigos ni dudar de la victoria, el gran pueblo de Iberia, con el mismo poder de voluntad y de constancia con que reorganiza, en medio de las más crueles derrotas, sus bisoños ejércitos, reconstituye tambien sus juntas nacionales. Estalla la lira de los poetas mezclando sus números valerosos con la majestad terrible de la imprecacion corajuda, que desde las aulas y los púlpitos, en las ciudades y en los egidos lanzan, sacando, no se sabe de dónde, la sabiduría, la pasion y la elocuencia sus intrépidos oradores.

Pero ¿á quiénes y en qué concurso trato de decir lo que en aquellos dias de amargura y de gloria ha sucedido? ¿Quién de nosotros puede olvidar el pasmo con que nos miraban reyes y pueblos, desde el tropel servil en que iban confundidos con los bagajes del vencedor, batallar sin tregua y establecer al mismo tiempo sobre fuertes máximas de derecho público la renovacion de nuestro sér político? Ayer, como quien dice, os hablaba desde la sombra de ese dosel mi ilustre antecesor, el presidario de 1814, el ministro del Estamento de 1834; hoy le reemplaza en su sitial Ángel Saavedra, el brillante patricio, soldado y poeta, como su homónimo Cervántes, traspasado por veinte aceros

en la desolada llanura de Ocaña; más allá veo al tribuno tempestuoso de 1820, cuyo padre en Trafalgar,

> Cerró, cual varon fuerte,
> Gloriosa vida con heroica muerte (1),

y cuya voz ha tenido durante cuarenta años, y tiene aún, el maravilloso privilegio de embriagar á las muchedumbres; y todavía se me figura que oigo cómo se dilata, flotando sobre la asamblea de 1837, la tranquila y urbana oratoria del austero discutidor de las leyes de 1812. Estos apellidos y estas fechas no se olvidarán mientras haya españoles, ni dejarán de traer á la mente la médula espiritual de media centuria de agitaciones maravillosas; todo un mundo, que ya ha pasado, de filósofos, poetas, oradores, juristas, soldados y guerrilleros, de quienes los registros de las juntas populares y de las asambleas públicas, y los campos de batalla dirán siempre la virtud patriótica, y las sombrías tradiciones de las cárceles, los muros de los calabozos y las sangrientas tablas de los cadalsos recordarán los heróicos martirios.

Argüelles, Galiano, Martinez de la Rosa, los tres grandes oradores que acabo de señalar, son á manera de tres faros puestos sobre las cumbres de los tres períodos en que se parte y ordena cronológicamente la historia de nuestra revolucion. La forma cortés, diserta, sutil y metafísica de los discursos de Argüelles, el porte sencillo, el carácter tenaz y la virtud republicana que le distinguian, reflejos acaso de la obstinacion y del espíritu austero de una afamada escuela religiosa, prevalecen sobre los laboriosos debates de las Córtes reunidas en 1810, del mismo modo que la idea fundamental de un libro sobre sus digresiones y apéndices. Argüelles labra con firme osadía los

(1) ¿Quién no ha oido recitar al Sr. Galiano con emocion vivísima la composicion de donde tomo este verso, y que él escribió en una de las mil vicisitudes de su poquísimas veces dichosa, pero siempre en la desdicha misma, vária fortuna?

cimientos de la obra cuya primera é irrealizable extension, veinte y cinco años despues, limita y corrige. Argüelles procrea entre nosotros desde la tribuna el gobierno representativo, y más adelante, como tutor de la Princesa en quien se personifica la victoria final de este sistema político, lo acaba de establecer y arraigar, por decirlo así, en el trono. ¡Ejemplo insigne del influjo y poderío de la elocuencia! Martinez de la Rosa, por su parte, concurre, en la manera que ya os he dicho, á facilitar y á que se consolide la obra de Argüelles. ¿Quién lo hubiera pensado hace poco, cuando estas dos inteligencias acerbamente se refutaban? El padre de la Constitucion de 1812 y el autor del *Estatuto Real*, viniendo á reunirse en una generalidad comun despues de tantas controversias, no son, mirados desde la cima del espacio que hemos recorrido, más que dos extremos polares del mismo eje; ni representan, bajo temperaturas distintas, sino una sola realidad práctica: la limitacion indispensable á todo poder humano para que sea justo, originada en donde han tenido y tendrán siempre su verdadera basa todos los poderes y todas las instituciones. ¡Leccion importante, que debemos gravar hondamente en la memoria muchos de los que hoy tal vez nos miramos como irreconciliables enemigos! En ambos la idea sobrepuja al sentimiento; en uno y otro aquella se adhiere con fuerza invencible y este es personalísimo: así convenia que sucediera para que tuviesen explicacion sus altas virtudes y sus involuntarios errores. Caractéres salidos de una misma cantera, aunque jaspeados con diversos matices, ambos mueren en sazon oportuna, cuando sus inteligencias decaen ó cuando la obra de toda su vida está realizada. Argüelles se va de este mundo en el momento en que la monarquía constitucional sale de tutela y, aunque débil y adolescente, pugna por andar sola; y el autor del *Estatuto* rinde su alma cuando concluye por ley natural el ciclo de los aprendizajes, de los ensayos y de las contemporizaciones. Entre tanto sobre los sepul-

cros de uno y otro orador suenan todavía las modulaciones vibrantes del tribuno de la Fontana. Es que así como aquellos han representado de límite á límite un mismo pensamiento, Alcalá Galiano ha sido, más que otra cosa, la magnífica personificacion de la elocuencia que arranca del alma el agravio inmerecido. La explosion de 1820 debia ser, y fué, la venganza sin freno de la ingratitud infame y desenfrenada de 1814. El orador de aquella época no podia dejar de levantarse hasta el nivel de la iniquidad, que con razon inflamaba sus pasiones y encendia sus recelos. Quiere la Providencia que viva aún y que su palabra, todavía sublime, haga comprender á las generaciones que le seguimos y á las que nos empujan, cuánta fué la poderosa fascinacion de sus acentos en los valientes dias de su borrascosa juventud, para que no se pierdan las enseñanzas que debemos tomar en el legítimo derecho, en los arrebatos imprudentes y en las dolorosas penitencias de aquellas deplorables represalias. En Galiano la pasion subyuga y hasta esclaviza el pensamiento; así, aunque éste se modifique y cambie con los años y la experiencia, continúa viva y lozana la fecundidad oratoria del hombre; y como la pasion no olvida nunca y es por extremo susceptible, por eso tambien rayan en lo prodigioso la sensibilidad y la memoria de Galiano. ¿Qué más he de decir para completar el bosquejo de estas singulares conexiones? Diré tan sólo que la idea y la pasion miran siempre con descuido y con orgulloso desden los bienes materiales, y usan de la riqueza con noble despilfarro y con imprevisora facilidad; y os recordaré que Argüelles ha muerto pobre; que Martinez de la Rosa no ha dejado otra fortuna que la heredada, y que el grande orador que allí veis, despues de medio siglo de triunfos intelectuales, para mal costear el humilde presupuesto de su modesta vida, honra su vejez escribiendo y publicando artículos de periódico. ¡Gran contraste por cierto con las opulencias que ha sacado del polvo, y con los engrandecimientos que de poco

más que nada ha construido la lenta agonía en que nos ahogamos!

Ya lo habeis oido : despues del largo y tenebroso silencio de la dominacion despótica, renace, aunque tímida y sobresaltada, la libertad de pensar en las academias, universidades y demas corporaciones científicas; á su impulso se fundan las sociedades económicas y al punto aparece otra vez la elocuencia, reflejando con sus formas el espíritu didáctico y crítico de las instituciones en cuyo seno revive; se abren las asambleas constituyentes, y toma el carácter analítico, diserto y dogmático de la ciencia, que entónces priva y á ellas concurre; sobreviene, por desgracia, la ocasion de explayar el sentimiento de ofensas inicuas, y se inflama con legítimo enojo en las pasiones más sublimes; llegan, por fin, los escarmientos de la experiencia, y se somete á la inspiracion templada de una época de transacciones. ¿Cuáles serán los lineamentos y el colorido que adopte en la evolucion altamente positiva que ahora empieza y que me he atrevido á indicaros? Que os lo digan las generaciones que han de sucedernos, y que ya están muy cercanas. Preguntádselo, y veréis cómo os responden sin vacilar con rasgos no menos eficaces, elocuentes y briosos que los de vuestra pregunta. Pero ¿qué estoy diciendo? sin que se lo pregunteis, os da ya brillantísima contestacion en todas partes; en las cátedras sagradas desde donde, adoptando fórmulas, amplitudes y estilos modernos, parece que para mejor persuadir se deja llevar por las corrientes de la época en que estamos; en las aulas del magisterio, desde cuyos recintos nos avisa y nos alecciona; en las asambleas políticas, que discuten y deciden sobre la suerte de la república, y en el foro donde se controvierte con alta serenidad el sentido y la interpretacion de la ley; en los templos del saber que da su valor á los principios y á los sistemas, así como en las asociaciones mercantiles é industriales donde se producen y desarrollan los hechos y las conquistas del trabajo; finalmente, en las amar-

gas épocas de las tribulaciones y de las calamidades públicas y privadas, y en aquellos más felices momentos que la fe, la ciencia, el arte y la vida social destinan á la celebracion de sus solemnidades triunfadoras. La libertad humana se extiende; la elocuencia brota de su seno circuida de esplendores irresistibles; se propaga con intratable osadía y esclaviza al fin la lobreguez del silencio con sus raudales victoriosos.

He llegado al fin de esta larga oracion. Estoy seguro de que los pensamientos que en ella resaltan no se amoldan á los deseos de todos, y desconfio de que la forma en que los he presentado sea tan pura y gallarda como lo ideal del asunto á que dedicais vuestros afanes exige. Si así fuese, culpaos á vosotros mismos. Me habeis llamado á este lugar con vuestro voto, y me conociais de larga fecha. ¿Queriais que os hubiese traido á un hombre fabricado artificialmente, que no fuera el propio que habeis elegido? Por mi significacion pública me designasteis: pues aquí me teneis, tal cual soy. ¿De qué os habia de hablar, sino de las grandes ideas que más han labrado en mi alma desde los primeros albores de mi razon, y que más me seducen y apasionan? Os debia un discurso; menester era que mi palabra reprodujese mi creencia y mi pensar, y que el idioma, de cuyo esplendor cuidais, retratase ingenuamente, al correr de mi pluma, la fisonomía de mi entendimiento y de mi carácter. Erraré acaso, porque soy hombre, sea en buen hora; pero no he mentido á mi conciencia, ni tengo la vanidad de considerarme en tranquila posesion de lo absoluto. Si mis opiniones y la forma en que las he expuesto no hubiesen logrado llenar la medida de vuestra espectacion, otorgadme la justicia de reconocer el sincero abandono con que, olvidando sugestiones egoistas y desoyendo cálculos que suelen tomar muy en cuenta los hombres públicos que se hallan en mi posicion, más bien que el propósito de ser grato en todas partes y á todos, he tenido presente la rigorosa y, á mi entender, para cuantos se mueven

en la vida pública saludable verdad de mis convicciones. ¿Queriais que os hablára la política en este santuario científico del lenguaje? Pues ahí teneis lo que es y el idioma en que se produce, segun mi índole genial y la inclinacion filosófica de mis ideas. Dichoso yo si, poniendo aparte los errores en que haya caido, sacais de mis palabras algo que os permita aplicar en esta ocasion, aunque sea con escaso fundamento, la sentencia del poeta preceptista:

. . . . Cui lecta potenter erit res
Nec facundia deseret hunc, nec linidus ordo.

He dicho.

5 bis

DISCURSO

DE

DON CÁNDIDO NOCEDAL

EN CONTESTACION AL PRECEDENTE.

Señores :

Delicada empresa es ciertamente la que me ha encargado la Real Academia Española en este dia; porque responder en su nombre al Sr. Gonzalez Brabo, á nada ménos obliga que á decir de él alabanzas que merece, pero que no suenan bien en mis labios, y á pronunciar justísimos elogios del Sr. Martinez de la Rosa, á quien reemplaza; elogios que trazó no ha mucho en este sitio otra mejor cortada pluma que la mia (1). Del vivo, parecen sospechosas en mí las palabras; que nadie ignora el deudo que nos une, y los lazos de cordial amistad y fraternal cariño que desde muchos años há ligan nuestros corazones. Del ilustre difunto que dirigió la Academia, ó hay que repetir lo dicho, ó escribir largamente su *Vida;* trabajo impropio de la ocasion y del lugar. En uno y otro asunto haré, pues, sólo indicaciones ligeras, y así quizá llenaré mejor mi encargo, limitado únicamente á dar la bienvenida al nuevo compañero, dejándole por entero la gloria de la jornada, que á él corresponde por ser el dia de su ingreso y recepcion solemnes, y que á él de todos modos correspondiera, por ser yo débil competidor de tan vigoroso atleta. Mayormente que en aquellos puntos en que

(1) Discurso que en la junta pública extraordinaria celebrada por la Real Academia Española para honrar la memoria de Martinez de la Rosa, leyó D. Tomas Rodriguez Rubí, académico de número, el dia 28 de Febrero de 1862.

no concuerdan nuestras opiniones (que son varios en el *Discurso* que la Academia acaba de oir, y saltan á la vista de los que á entrambos nos conocen) no me parece oportuno ni cortés entrar hoy en controversia. Y esto, no porque sea impropio contradecir al amigo más querido; que ántes bien el silencio sería indigna lisonja de ánimos varoniles como el del Señor Gonzalez Brabo. Sino porque el sitio no adecuado y la ocasion poco propicia me lo vedan, no ménos que la circunstancia de que el nuevo académico no podria replicarme; corriendo yo el peligro, por consecuencia, de que pareciese escogido el momento para pelear huyendo, ó sea para combatir bajo seguro al abrigo de inexpugnable fortaleza.

Hace poco tiempo áun que en la silla de nuestra presidencia se asentaba el insigne varon de quien hoy yacen en la tierra los mortales despojos, y cuya alma es objeto de oraciones de todos sus colegas. ¡Ya no le verémos más! ¡Ya no oirémos su dulce voz dirigiendo nuestras tareas, aleccionándonos y encaminándonos con el consejo y con el ejemplo! Aquel de cuyas manos recibimos esta medalla, gala y honra de nuestro pecho, anciano venerable que guardó en su alma hasta la muerte el fuego de la poesía y de la elocuencia, ya no puede guiarnos con su palabra ni animarnos con su indulgente aprobacion. El ánimo se contrista y se acongoja al ver desaparecer en pocos dias de estos modestos escaños tantos nombres gloriosos, hijos de otro siglo, testigos de grandes hazañas y no cortas desventuras. De aquí faltan un Quintana, un Gallego, un Lista, un Búrgos, un Duque de Frias, un Martinez de la Rosa, un Durán, que ayer con vosotros departian sobre las bellas letras. Quedan aún preciosos restos de aquella generacion brillante; mas no es maravilla que á cada uno que nos arrebata la muerte se humedezcan nuestros ojos, y ménos sorprendente todavía que al perder á uno recordemos á todos. ¡Varones egregios que ilustrasteis los fastos españoles y honrasteis la Real Academia, si-

guiendo las nobles huellas de los que os precedieron en estas literarias y patrióticas ocupaciones, y compartiendo la fatiga con jóvenes compañeros que ántes de sazon han descendido á la tumba, vosotros, como Jovellanos y Melendez, como Donoso y Bálmes, para la gloria de la patria, para la historia de las letras, para vuestra propia gloria, habeis dejado vuestras obras inmortales: para vuestros compañeros,

Luto en el corazon, llanto en los ojos!

La *Vida* de Martinez de la Rosa sería la historia de lo que va andado del siglo XIX. Ha de escribirse con reposo y esmero, con ánimo imparcial, con sereno juicio; confio que así se escribirá, y no ménos merece el personaje. Aquel jóven granadino, cuyo nombre suena por la primera vez como el de un modesto catedrático de filosofía cuando el amor patrio inflama los corazones á la hora infausta y gloriosa de la invasion extranjera, sube despues de escalon en escalon hasta los últimos puestos de la jerarquía social y política, influye poderosamente en los destinos de España, aconseja á sus reyes, gobierna á su país, y fallece rodeado de honores, recibiendo por despedida, al volver á la tierra, cuantos es posible acumular sobre quien no haya nacido en las gradas del trono. Pues, recordadlo, señores Académicos: cuando ya apenas tenía fuerzas para moverse, cuando la voz se le apagaba por la debilidad y el cansancio de los años y la tenaz dolencia, áun acudia á vuestras juntas, áun venía á presidiros, todavía tomaba parte en vuestras literarias discusiones. Este es, entre tantos como fueron por él presididos, el último cuerpo que presidió. ¡Ah! Bien hacia; digna fué tal predileccion de su preclaro entendimiento. No os lisonjeeis demasiado, sin embargo, con esta decidida preferencia, ni por ella os desvanezca loco orgullo. Mucho valeis, y en mucho os estimaba vuestro Director; pero más que á vosotros, más que á nadie, amaba lo que este cuerpo simboliza y

fomenta; el patrio idioma y las bellas letras castellanas. Bien hacia en consagrarles sus últimas fuerzas. ¿Quién es capaz de asegurar lo que durará el órden de ideas políticas á que rindió culto Martinez de la Rosa? ¿Quién será suficientemente temerario para pronosticar el número de siglos, ó de años, que durará la influencia de la escuela política de que era hijo, y en España apóstol y maestro? El *Estatuto Real*, obra de sus manos, cayó despedazado á poco de nacer, y yace casi olvidado. Pues bien, yo afirmo y aseguro, y no abrigo temor de engañarme ni de ser desmentido por el tiempo, que su tragedia intitulada *Edipo* desafiará á las edades, atravesará los siglos, arrostrará impávida las revoluciones, saldrá incólume del fuego destructor de los partidos que se disputen el mando, y hará frente con su siempre verde corona de laurel á los destemples de turbulentas democracias y á los caprichos de aduladores palaciegos. Pasada una revolucion trastornadora y sangrienta, buscarán los pueblos paz y sosiego, y se echarán en brazos de un hombre fuerte, emperador, ó rey, ó primer cónsul; tras una dominacion tenaz, aunque sea gloriosa, que imponga á todos silencio y no amolde su voluntad al querer verdadero de sus súbditos, se deseará y se obtendrá participacion en los negocios del Estado, y habrá discusiones políticas, y papeles periódicos, y tribuna pública; cuando á nombre de libertad rija nueva tiranía (que es compatible, por desgracia, con todas las formas de gobierno) y la arbitrariedad sea regla, y hagan algunos ó muchos lo que ántes sólo uno, imponiendo su interes ó su capricho á la voluntad de todos, contra los tiranos nuevos y contra aquella forma de gobierno se volverán los ánimos, y darán al traste con ellos y con ella. La fama de Martinez de la Rosa como repúblico crecerá ó menguará al compas de estas mudanzas; pero en unos y otros tiempos será *Edipo* estimada como un bello monumento del ingenio y del buen gusto, y aplaudida por demócratas y cortesanos; en uno y otro régimen político se reco-

nocerá en su autor la gloria inmarcesible y verdadera de haber enriquecido la escena española con una produccion de gran mérito, que sobrepuja los esfuerzos de grandes poetas, estérilmente ambiciosos de emular la felicísima inspiracion de Sófocles. ¡Dichoso quien, como él, haya adquirido no dudosos ni disputados títulos á la admiracion y al respeto de la posteridad!

Es de los que más realzan la fama de Martinez de la Rosa, la elocuencia; y así lo habeis comprendido vosotros dándole por sucesor al Sr. Gonzalez Brabo, del cual nadie ignora, ni á negarlo se atreven sus émulos ó adversarios, que es uno de nuestros primeros oradores. Aunque le faltáran otros grandes merecimientos, ¿no bastaria éste para llamarle á nuestro seno? ¿Quién deja de estimar la elocuencia como el mayor tesoro de un hombre extraordinario? ¿No fué timbre siempre el más insigne del humano entendimiento? ¿No son en todas las edades los oradores esclarecidos gloria la más pura de su patria? Ved lo que me propongo, no demostrar, que fuera ocioso, sino recordaros en este momento, en que vais á abrazar como á compañero al ilustre orador parlamentario á quien con justicia indudable habeis abierto las puertas de la Academia Española.

Es la palabra la más alta y principal concesion con que Dios quiso enaltecer al hombre, creado á su imágen y semejanza; es la síntesis de todas sus facultades, la manifestacion de su alma, signo clarísimo de sociabilidad, corona y cúpula de todos los dones que recibió de la Providencia, principal y más poderoso instrumento con que está armado para lograr sus fines. Así fué revelada por Dios, que no inventada por el hombre; así éste en gravísima responsabilidad incurre haciendo de ella mal uso; así alcanza poder tan grande, tan prodigiosa fuerza, que basta ella sola á mover la muchedumbre, á infundir aliento en los tímidos, valor en los cobardes, alegría en los afligidos, tristeza en los regocijados; pudiendo de ella asegurarse que si acendrada fe la mueve, es poderosa á dar cima á las más altas em-

presas, á arrojar el Oriente sobre el Occidente, á mover huestes innumerables, á traspasar y vencer helados montes y espantosos desiertos. ¡Santo poder de la elocuencia! Ni la fuerza ni la intriga detienen su empuje vigoroso. La predicacion de unos pobres pescadores, sobre cuyas cabezas descendió en lenguas de fuego el Espíritu de Dios, trastorna la faz del mundo, y le regenera, y le civiliza; la ardiente palabra de un ermitaño humilde lanza á Europa sobre Asia, engendra prodigiosas hazañas, vuela sobre las cimas de las rocas, es llevada por las brisas del mar, y resonando á cada instante en los oidos de los cruzados, ella, más bien que las armas, rinde á Jerusalen y liberta el Santo Sepulcro.

Va ya con esto dicho el principal resorte de la verdadera elocuencia. No merece tal nombre la que se arrastra en el lodo de bastardas pasiones ó de intereses mezquinos; jamas alcanza poder tan grande la palabra que se pone al servicio de fútiles ó mentirosos proyectos. Ni el rencor, ni la envidia, ni la iniquidad, ni la tiranía, inspiraron nunca acentos elocuentes; la verdad, la justicia, la inocencia y la libertad son los clarísimos manantiales de elocuencia. Mayor precio que el hablar bien, tiene el hacer cosas buenas y defender causas justas, y ¡cuán buena obra levantar la voz en defensa de la justicia hollada, de la inocencia oprimida, de la verdad insolentemente negada! Cuando el que nació orador emplea su nativo talento, madurado con la reflexion y el estudio, en la buena obra de enaltecer lo justo y santo, y derribar los ídolos del error ó de la tiranía, entónces es cuando gana perdurable gloria, y lega envidiable fama á la posteridad.

Demóstenes nació para orador, como otros para poetas; pero brilló su elocuencia y ha llegado su palabra hasta nosotros, y pasará á nuestros nietos, porque la empleó en defender una de las más bellas causas en que puede emplearse el entendimiento ó el esfuerzo: la independencia de la patria. Sucumbió Aténas

bajo la ambicion de Filipo, porque Filipo era grande y porque Aténas estaba degradada y envilecida; pero aquella palabra, que no logró su objeto, lanzada de labios que murieron con la causa que defendian, aquella palabra vive, y el nombre del orador ha pasado á posteridad remota como el más perfecto ejemplo de patriotismo y elocuencia. Imaginaos á este mismo hombre extraordinario, á este mismo talento oratorio empleado en persuadir á sus hermanos que aceptáran el yugo macedónico, y ya entónces no podréis comprender tan duradera fama, aunque el éxito hubiera correspondido á los esfuerzos. Plegando su ingenio á tan innoble causa, habria compuesto Demóstenes oraciones retóricas atildadas y quizá bellas; pero no habria movido su voz los corazones, ni habria tenido el timbre vibrante, enérgico, casi divino, cuyo eco parece que resuena todavía, y nosotros percibimos entre las ruinas de su patria.

No presentaré á Marco Tulio como defensor de la libertad; porque ni es lícito honrar con esta palabra la tiranía de la Ciudad sobre el mundo, ni es posible, sin incurrir en blasfemia, cubrir con el santo nombre de libertad el régimen de pueblo alguno cuyos ciudadanos vivan y gocen con el sudor, las lágrimas y la sangre de hombres esclavos; pero áun la libertad de los privilegiados opresores murió en Roma mucho ántes que Ciceron, y su palabra habria sido impotente para resucitarla, como fué estéril el parricidio de Bruto, produciendo solamente levantar sobre el cadáver de César el trono imperial en que habian de asentarse los Tiberios, los Nerones y Calígulas. Pero sí diré que las palabras más elocuentes que salieron de los labios del orador romano son las que consagró su patriotismo á salvar la república de la conjuracion de Catilina. Diré tambien que si no se le puede llamar modelo de hombres de estado sin faltar á la verdad y á los fueros de la historia, pudo decir de él con razon Augusto que era un gran ciudadano y que amó con sinceridad á su patria. Añadiré que si bien desluce su talento

cierta vanidad, que raya en pueril algunas veces, y que igualmente rebaja su figura histórica cierto temor é inquietud, que amengua en alguna ocasion su dignidad, todavía la estimacion que hace de la justicia, de la inocencia, de la verdad y de la grandeza de alma, brilla y resplandece en todas sus oraciones. Prueba insigne de que el talento oratorio suele no ir acompañado de otras prendas tan valiosas, y de que no son uno mismo el dón de la palabra y el de gobierno; pero prueba igualmente persuasiva de que el orador crece y se levanta por la justicia de la causa á que consagra su esfuerzo.

No hace todavía muchos años que á la Europa y á todo el mundo civilizado pasmaba la elocuencia más varonil, más vigorosa y más bella que ha lucido en los modernos tiempos. Resonaba briosa la palabra del célebre Daniel O'Connell, porque debió al cielo todas las dotes morales y físicas del orador: figura y proporciones de un atleta; fisonomía serena, alegre, honrada; saber vasto y profundo; carácter enérgico y resuelto; estilo nervioso y enérgico, como el carácter, ¿Qué le faltaba para llenar con su fama los ámbitos del orbe? Una causa simpática, hermosa, justa. Dios se la deparó, poniéndole delante de los ojos la insoportable servidumbre de los católicos irlandeses, sus compatriotas. Ya no pudo ménos de ser inmensamente popular en toda Europa, de subyugar á la multitud que le oye, de hacerse de ella caudillo, y áun árbitro y dueño; ved la razon de que se eleve su palabra á la grandeza del objeto, y de que con una elocuencia á veces ruda, siempre vigorosa, varonil, poética, grande, defienda la emancipacion de su pueblo nativo, y denuncie al mundo la tiranía horrible de sus opresores.

Dios castiga la iniquidad, áun en la tierra, de muchos y varios modos; entre ellos, no consintiendo jamas que sea elocuentemente defendida, aunque se disfrace con ajeno arreo. Y no debe causar maravilla; porque para ser elocuente orador hay que estar dotado de alma noble, y nunca el ánimo generoso

se compadece y ajusta con la miserable flaqueza de adular á los poderes opresores y tiránicos. La grandeza de un capitan de ingenio portentoso, como Aníbal, ó César, ó Cárlos V, ó Napoleon; de un gran monarca, protector de las letras y las artes, infatigable promovedor de la gloria nacional, como Isabel la Católica, Felipe II ó Luis XIV; ó de una asamblea poderosa y enérgica, como el senado de Roma ó el de Venecia, podrán inspirar apasionados elogios, cantos entusiastas, discursos elocuentes. Pero si el gran soldado, el magnánimo monarca, la sábia ó vigorosa asamblea se convierte alguna vez de leon en raposa, de águila en gavilan, y coge entre sus garras una víctima indefensa y descuidada, y sin piedad la asesina, ó la sepulta en subterráneo calabozo para quitarle la vida con el aparato hipócrita de judicial sentencia, no hallará, no, su accion un solo defensor entre cuantos aspiren á adquirir gloria con la opinion de elocuentes. Aunque un guerrero haya asombrado al mundo, aunque haya recorrido victorioso la mitad de la tierra, y su voz haya pasmado á las naciones y con destreza admirable lanzado á la pelea enormes masas de combatientes, nadie alzará la voz (como no sea algun miserable adulador, por lo mismo no dotado del raro privilegio de mover los humanos afectos), nadie alzará la voz para elogiar la accion traidora de lanzarse por sorpresa sobre la dormida España, ó de estrechar en dorados y mal encubiertos grillos la venerable persona del Jefe de la cristiandad. Y por el contrario, ¡qué ocasion para lucir las galas del saber y del ingenio, la de alabar la grandeza del movimiento español contra la invasion del prepotente tirano! ¡qué magnífico asunto para penetrar con elocuente voz hasta las entrañas mismas del auditorio, y de ellas arrancar lágrimas vivas, la situacion de angustia y de quebranto de un anciano prisionero, de todos abandonado, que surca procelosas mares, al parecer indefenso y sólo, en débil barquilla, y opone la serenidad de su alma, la autoridad de sus canas y

la santidad de su divina mision por único reparo contra las amenazas y rigores de los colosos de la tierra! Solo no; acompañado estaba de más alta proteccion que la de todos los poderosos del mundo, ni dejaba de enviarle sus simpatías ningun noble corazon de aquellos que

Al caso adverso *inclinarán* la frente,
Ántes que la rodilla al poderoso.

No hay que buscar fuera de nuestra patria, ni en remotos tiempos, ejemplos de lo que alcanzan de ánimos varoniles la justicia y la inocencia. La causa de España oprimida animó las vigorosas plumas de Jovellanos y Quintana; la de otro anciano Pontífice atribulado y perseguido movió los elocuentes labios de Martinez de la Rosa, en la inolvidable ocasion de su postrer discurso parlamentario. Vedle, con el cuerpo doblado por los años, rendida la voz á la fatiga, falto al parecer de brío, lánguida la mirada que fué penetrante y viva, lanzar de nuevo, como en sus años juveniles, los rayos de verdadera elocuencia; escuchadle, y comprenderéis que renace en su mente el *quid divinum* que constituye al orador, y que parecia apagado por la nieve de la edad; oidle, y contemplareis absortos que se anima á deshora, que se rejuvenece inesperadamente, que se detiene un momento delante del sepulcro que entreabierto le aguarda, y se despide dignamente de la vida defendiendo la santidad de la inocencia, la majestad cien veces augusta de la desgracia, la causa sagrada de otro sucesor de S. Pedro, tambien de nombre Pio, cuya persona está atribulada como lo estuvieron las de tantos de sus predecesores, aunque la silla en que se asientan está segura y firme por la promesa de Quien mueve todos los corazones y es Señor de todos los ejércitos.

No sé en este momento si cometió graves yerros Martinez de la Rosa; y puesto caso que lo sepa, quiero olvidarlo. Pero sé, y proclamo en justa alabanza suya, que es envidiable dicha ha-

ber comenzado su vida de poeta cantando las glorias de Zaragoza inmortal, y terminado su carrera de orador consagrando su palabra elocuente á la defensa del inerme anciano que representa en la tierra la independencia del alma, la libertad de la conciencia y la dignidad del hombre. Jóvenes animosos que habeis en breve de reemplazar á los ilustres varones que nos arrebata la muerte, aprended, y prestad atento oido á las lecciones de dolorosas experiencias. Si os mueve el amor de verdadera fama, desdeñad los pasajeros aplausos de bastardas pasiones vocingleras; elevaos á la region serena de la justicia, y sostened los fueros de la verdad y de la inocencia, combatiendo denodados contra todo linaje de opresion, contra toda impudente tiranía.

Sin valor no puede tampoco existir orador verdadero; con él le será dado hacer frente, así al furor de los partidos vencedores, como al desden de los sectarios de opiniones entronizadas por la moda. «De todas las prendas que han de adornar al orador, dice Quintiliano, la más excelente es una grandeza de corazon, á la que ni el miedo abata, ni aterre el vocerío, ni áun la autoridad de los oyentes detenga más allá de la debida reverencia (1).» Quien no se sienta con brío para oponer frente serena y esforzado corazon á las apasionadas voces de contraria muchedumbre, que se retire y enmudezca, que de seguro no le llama Dios por el camino de la elocuencia. Y contar con aliento para afrontar los peligros, ó para oir muestras de desagrado, no es lo más difícil, con serlo mucho; aquel género de superior constancia, aquella presencia de ánimo que se requiere para combatir contra el desden, la ironía, el sarcasmo ó el

(1) Sed plurimum ex his valet animi præstantia, quam nec metus frangat, nec acclamatio terreat, nec audientium auctoritas ultra debitam reverentiam tardet. Nam ut abominanda sunt contraria his vitia, confidentiæ, temeritatis, improbitatis, arrogantiæ, ita citra constantiam, fiduciam, fortitudinem, nihil ars, nihil studium, nihil profectus ipse profuerit, ut si des arma timidis, et imbellibus. (QUINTILIANO, *Orat. Inst.*, lib. XII, cap. V.)

desprecio, armado solamente el orador con la sinceridad de sus opiniones, esto es lo más difícil y meritorio, lo que más lauros merece, y lo que recoge al cabo más sabrosos aplausos; porque nada puede haber que de mayor gusto sirva que oir alabanzas que no se vea obligada á desechar allá en su soledad la propia conciencia. En sinceridad han de rebosar los discursos del orador excelente; que siendo sincero, poco le importará ni el furor de apiñada muchedumbre, ni el ódio de enconados adversarios, ni las burlas de quien de otra manera no sepa contestarle. ¿Sabeis por qué en asamblea tan á propósito para alcanzar perdurable fama de elocuente como en la *Convencion Nacional* de Francia no conserva vuestra memoria un sólo nombre que colocar al lado de los grandes maestros del arte en todas las regiones y en todas las edades? Pues ninguna otra razon hay tan de bulto como la de no hallar entre aquellos fieros revolucionarios, ni uno solo siquiera de tan subido temple de alma, que hubiera osado hacer frente á la tremenda tempestad, defendiendo á los débiles contra los fuertes, á los inocentes oprimidos contra sus despiadados verdugos. A levantarse una voz valerosa en defensa de los desventurados presos del Temple, aquella voz habria ido en derechura á extinguirse en el tablado de la guillotina; pero á estas horas estaria resonando todavía, y resonando siguiera mientras hubiese en el mundo ideas y corazones generosos. Pero callaron de miedo áun los que creian inocente á la víctima, y sufrieron, sin embargo, la suerte que espera á casi todos los cobardes: á la guillotina fueron del mismo modo al fin, con más la turbacion de la conciencia, agobiada por el peso de una tremenda culpa. No de otra suerte el soldado miedoso huye de la pelea, y cuando se imagina libre y en salvo, alcánzale una bala por la espalda, y muere de muerte afrentosa, quedando en el cadáver la propia herida que es en otros señal de gloria, por padron de ignominia y afrenta.

Al suave calor de la libertad se desarrolla y vive la elocuen-

cia. ¡La libertad! Dón del cielo, emanacion de Dios, santa matrona, de púdica mirada, de reposado continente, en cuyas aras queman incienso todos los espíritus levantados, todos los esforzados corazones. Pero téngase por ilusos á los repúblicos que la imaginan compañera exclusiva de una ú otra forma de gobierno: en las máximas que llegan á prevalecer en los palacios de los reyes cuando ellos solos mandan, ó en las plazas públicas, ó en el local destinado á la junta de los estamentos, cuando el gobierno es popular, aristocrático ó mixto; en la bondad de ellas, en la conducta de gobernantes y gobernados, que no en la forma del gobierno, consiste la felicidad de los pueblos y la libertad de los hombres. Así se defiende ésta en el gabinete de un poderoso monarca, diciéndole á solas y sin testigos la verdad desnuda, como en las asambleas populares haciendo frente con rostro sereno, sin miedo y sin rencor, á la muchedumbre alborotada ó á los partidos vencedores. Donde veais que se levanta en alto la adulacion mañera y vergonzosa, huid amantes de la libertad, que allí no reina. ¿Qué más da que se adule á un monarca, ó que se adule á un partido, ó á la multitud? Cuando un pueblo está maduro para la tiranía, la sufre de uno ó de muchos; ¿qué importa de quién? La sufre.

En esos tristes períodos en que la elocuencia palidece, porque la marchita y seca la tiranía, plega sus alas y corre á guarecerse en los únicos asilos que para deplorables tiempos le quedan: el púlpito y el foro. Allí se cobija, toma aliento, y emprendiendo con nuevo brío la defensa de la verdad, de la justicia y de la inocencia, vive vida modesta, pero libre. Cuando estos dos últimos santuarios de la palabra violentamente se cierran, todo para la libertad está perdido; entónces no hay más elocuencia que la no escasa que se encierra en las lágrimas y en los suspiros.

Pero es tan fuerte la idea del derecho, tan arraigada se halla en el corazon de los hombres, es tan universal el culto que se

le rinde, que los mayores tiranos se ven obligados á fingir algun respeto hácia ella. De aquí la libertad del abogado, áun en tiempos muy excepcionales y calamitosos. En aquella misma asamblea francesa, de que ántes hablé, donde, habiendo varios miembros que deseaban salvar á Luis XVI, ni uno sólo se atrevió á votar que era inocente el acusado; allí, donde un Vergniaud, que pocas horas ántes juraba por su elocuencia y por su vida salvar de la muerte al Rey, dejó caer de sus labios trémulos y cobardes un voto de condenacion á muerte; allí mismo fué leida aquella carta magnífica, sublime, en que Malesherbes se presta espontáneamente á salir de su retiro para ofrecer al desgraciado preso la ayuda de su defensa. Creo y aseguro conforme en esto con el parecer de un escritor frances de nuestros dias (1), que Luis XVI fué defendido por sus ilustres abogados con celo, con habilidad, con lógica, con valor admirables; pero que pudo emplearse ménos prudencia en favor de su persona, porque, viendo inevitable su muerte, debieron sus defensores levantar la queja y la protesta á la altura del infortunio y del atentado, haciendo que resonasen sus palabras como un castigo sobre la cabeza de los jueces y como un remordimiento para el corazon del pueblo. En procesos de semejante especie debe el abogado prescindir del auditorio que ruge á su alrededor, y hablar para la posteridad, que es quien ha de juzgar en definitiva al defendido y al defensor, á jueces y espectadores. Pero, así y todo, reclamo para la modesta toga que visto, para la noble profesion que ejerzo, la honra de aquella valerosa carta que ántes cité, y de estas elocuentes palabras de otro de los defensores de la propia excelsa víctima (2): *En vano busco jueces entre vosotros; sólo veo acusadores.*

¿Imaginais, por ventura, que no cabe más horrenda tiranía?

(1) Lamartine, *Histoire des girondins,* tome cinquième, livre trente-quatrième.
(2) Mr. Deseze.

¿Pensais que no hay mayor atentado? Pues le hay más grande y terrible: el de no consentir la libertad de la defensa. No mucho tiempo despues una infeliz acusada comparecia ante el tribunal revolucionario; apellidóse un dia reina de Francia; llamáronla en el proceso la viuda de Capeto. *¿Teneis abogado?* preguntáronle sus jueces; *no*, contestó la desventurada, *porque no conozco à nadie*. No cabe más bella respuesta; como que áun resonaba en sus oidos el golpe que habia separado del tronco la cabeza de Malesherbes, el bizarro y generoso defensor de su marido.

En esta noble tierra de España, tan ilustre en todos tiempos como desgraciada en algunos, el foro presenta ejemplos admirables de independencia valerosa, que es la madre de la elocuencia. Recuerdo con pena épocas angustiosas y horribles de exaltacion de malas pasiones, de ira, de rencor, de venganza; algunas he presenciado yo mismo cuando niño y cuando hombre; pero no recuerdo ejemplo de juicio sin defensa. No há muchos años celebrábase consejo de guerra para juzgar á un bizarro caudillo que, durante las luchas civiles, con heroicos hechos habia llenado de admiracion á España. Militar debia ser el encargado de su defensa con arreglo á las ordenanzas del ejército, y lo fué, en efecto, uno á más no poder celoso por salvar la amenazada vida de su amado colega (1). Pero, falto de costumbre, y teniendo ademas poca confianza en conservar en el duro trance de su amigo la serenidad que nunca perdiera en los campos de batalla, fió, como es costumbre en tales casos, á un afamado jurisconsulto la redaccion de la defensa. Bellísima oracion, digna de alabanza, así por el propósito de salvar á tan ilustre víctima, como por la elocuencia, virilidad y apasionada frase con que oportunamente se recuerdan las proezas del guerrero, su alejamiento hasta entónces de las discordias políticas,

(1) El general D. Federico Roncali.

su valor en los combates, su generosidad en los triunfos, su grandeza en los reveses. Alabándola, como es justo, cumplo uno de mis deberes en este dia, porque sabido es de todos que la oracion en defensa de D. Diego Leon, primer conde de Belascoain, fué compuesta en breve angustioso plazo por nuestro nuevo compañero el Sr. Gonzalez Brabo. No á todos nos es posible llegar á la altura en que se halla este orador; pero cuantos profesores tiene en España la ciencia del derecho, todos, creo que bien puedo asegurarlo, todos, estamos dispuestos siempre á ofrecer nuestra voz al infortunio; ninguno á deshonrar la toga, esquivando con infamante cobardía el peligro de sostener la causa de la inocencia ó de la desgracia en dias revueltos de confusion, de impopularidad ó de trastornos.

Pero de las diversas manifestaciones de la palabra, aquella en que puede ser más elevada, más bella, más elocuente, es la oratoria sagrada. De la pasion procede la elocuencia; mas la pasion que la engendra y vigoriza ha de ser noble, pura, desinteresada. El más elocuente de los oradores no sagrados, sea quien fuere, hable donde quiera, algo se propone de interesado y de personal; la ambicion por lo ménos, ó el deseo de mundana gloria. Por el contrario, ¿qué móvil egoista agita el pecho de Fray Luis de Granada ó de Leon, de Masillon ó de Bossuet? ¿Qué interes personal movió los labios de San Juan Crisóstomo, de San Bernardo ó de San Francisco Javier? El religioso que veis marchar á las misiones de África ó Asia con el breviario debajo del brazo, con un cayado en la mano, y la mente puesta en el cielo con el vehemente y firme propósito de ganar almas para Dios, bien podrá suceder que no haya nacido para orador; pero con pocas que reuna de las dotes nativas de la elocuencia, estad seguros de que allá en lo intrincado de los bosques, á presencia de los salvajes, en el silencio magnífico de las soledades, ante el imponente espectáculo de la naturaleza, saldrán de sus labios palabras inspiradas, raudales de fuego, que no re-

cogerán los retóricos ni harán gemir á las prensas, pero que sin duda alguna harian parecer descoloridas y frias las más elocuentes arengas de renombrados oradores del parlamento ó del foro.

Con la fe ha de acompañarse la elocuencia. ¿En qué otra cosa puede haber fe robusta y completa sino en Dios y en sus mandamientos? Ha de ser defensora de la verdad. ¿Cuál otra verdad hay absoluta, notoria y evidente en la tierra, más que la religion de Jesucristo? Ha de ser pregonera de la libertad, y ha de vivir á su abrigo. ¿Dónde se predica la libertad y la independencia del espíritu humano más activa ni más directamente que en el púlpito católico? Pues ¿dónde de ella más se goza que en aquella sagrada cátedra, donde se debe decir la verdad desnuda á reyes y pueblos, á ricos y pobres, á grandes y pequeños, sin contemplacion ni miramientos? El orador profano se acomoda á ciertas exigencias. Hácelo comunmente por interes de la propia causa que defiende; que de nada valieran sus esfuerzos si no fuere oida su voz y si no aceptase ciertas condiciones que le impone el auditorio como presupuestos forzosos, como puntos de partida. Léjos de ello, el orador sagrado de todo se desprende, con nada transige; Dios le muestra el camino, la conciencia le guia; no hay tiranía que le arredre ni persecucion que le detenga. Con estos elementos, ¿qué palabra será más elocuente que la suya?

Dícese que la oratoria sagrada tiene el inconveniente de que le falte el poderoso estímulo de la contradiccion. Me parece destituida de fundamento y notoriamente errada observacion semejante. El auditorio no se levanta á contradecir, es verdad; pero dentro del pecho de cada oyente hierve el furor de las pasiones humanas que contradice callada, pero enérgicamente. Cierto que en estos tiempos nadie entre nosotros pide la palabra en las iglesias para responder al orador sagrado; pero bien sabe éste que le hacen cruda guerra los vicios que combate, y oposicion sañuda las pasiones que trata de enfrenar. Cabalmente la

victoria del Evangelio es milagrosa, porque, predicándole, se combaten con dureza las más vivas aficiones y los más fuertes deseos de la flaca humanidad. ¡Que no tiene contradiccion el orador sagrado! Que tome cada uno su cruz, y con ella se abrace y combata tentaciones poderosas, es lo que sus labios constantemente predican; contradiciéndole están de contínuo los atractivos y vanidades del mundo, la rebelde naturaleza humana, sus desordenadas inclinaciones y apetitos, la avaricia, la ingratitud, la soberbia, la envidia; todos estos, poderosos y temibles adversarios; los más fieros que puede encontrar la humana palabra. ¡Que no tiene contradiccion! Porque la tiene, y fuerte, y eficaz, y constante, es por lo que brillan tantas lumbreras de la oratoria sagrada desde los siglos apostólicos hasta nuestros propios dias. Porque es siempre combatida la predicacion del Evangelio, unas veces por los enemigos declarados de la Iglesia, otras por los incrédulos, en diversas épocas por la intemperancia de la razon humana, que, arrogante y soberbia, se endiosa y á sí propia adora, y siempre por los mal regidos deseos que subyugan hasta los espíritus más piadosos, y áun á los hombres más creyentes, por eso ha sido y será innumerable el catálogo de los mártires; por eso es la más elevada expresion de la elocuencia la que desciende de la sagrada cátedra á serenar las tempestades del alma, y á refrescar, como bienhechor rocío, el incendio de nuestros vicios y pasiones.

La contradiccion al orador, paladina, viva, formulada en público palenque, irrita el amor propio, excita la vanidad, aleja la buena fé, y propende más á engendrar soberbia que generoso entusiasmo. Esta otra contradiccion, latente, pero cierta, muda, pero tenaz, con la cual lucha el orador sagrado, y que él mismo siente deslizarse, como venenosa serpiente, dentro del propio pecho, es ocasion de caridad fervorosa, de indignacion sincera y limpia de saña, de arrebatados vuelos del espíritu, de entusiastas arranques de elocuencia. El orador profano suele ser

campeon de un partido, obligado á darle gusto aunque parezca que le dirige, á adularle para seguir capitaneándole. El orador sagrado á todos complace, combatiendo las pasiones de todos; y puesto caso que á nadie complazca, y que descienda de todos aborrecido ó murmurado, todavía, si su obra es en efecto propicia á los ojos de Dios, vuelve tranquilo á su hogar, y combate otra vez al dia siguiente, seguro de la bondad de su causa, libre de compromisos, exento de maquinaciones, sin cólera, sin rencor, sin ambicion, sin envidia. No dicta la vanidad su discurso, ni lo pronuncia á presencia de las huestes combatientes, aparejadas á aplaudir ó censurar segun las diversas interesables miras que las agiten ó muevan, con la sola aspiracion de ganar fama de hábil retórico ó adquirir el poder á toda costa; sino que ántes bien en boca del orador religioso, la habilidad es defecto, la vanidad pecado, la condescendencia gravísima falta. Así pues, decidme, ¿hay más alta ocasion para ser elocuente que la que ofrece al sacerdote católico la cátedra sagrada?

Ved por qué ha dado orígen á tan hermosos modelos, que nunca se borrarán de la memoria de los hombres de buen gusto. ¿Levanta el orador su voz delante de una córte rica, feliz, poderosa, rodeada de esplendentes fiestas? Pues oigamos el objeto de su discurso, la primera palabra que sale de sus labios: ¡*Bienaventurados los que lloran* (1)! Elocuente recuerdo para di-

(1) Texto del primer sermon predicado por Masillon en la capilla del Rey, á presencia de Luis XIV, en 1670. Tambien Bossuet, y asimismo á presencia de la córte, en la oracion conocida en las colecciones con el nombre de *Sermon sobre el amor de los placeres*, pronunció las siguientes palabras, por todo extremo hermosas, y más para dichas á tal auditorio como aquel rey y aquellos cortesanos: «No en vano está escrito, y lo dice el Salvador en su Evangelio: ¡ay de vosotros los que reis ahora, porque lloraréis y gemiréis! Si los que rien en medio de sus pecados pudieran conservar la alegría en este mundo y en el otro, desafiarian á Dios y vencerian su omnipotencia. Pero..... necesariamente ha de cambiarse la risa en gemidos eternos; y cierto que tanto más llorarán entónces, cuanto ménos ahora lloran. Abrid los ojos, pecadores; contemplad el precipicio á cuya orilla os habeis dormido; ved entre

rigido á quien pasa la vida entre placeres y alegrías. No es mucho que el gran Rey dijese al predicador, como es fama que le dijo: *He oido á grandes oradores, y de ellos he quedado satisfecho; pero cuando os oigo á vos, quedo descontento de mí.*

¡El gran Rey! Así llamaban los franceses á Luis XIV; así le adulaban los cortesanos; así lisonjeaban sus oidos los ministros, generales y prelados. ¿Qué dirá el orador encargado de pronunciar su oracion fúnebre? ¡Cuánto no sublimará la grandeza del difunto monarca delante de su cadáver, teniendo por auditorio la familia y la córte de quien en el trono le reemplaza! Dirá la verdad desnuda y pavorosa, que recuerde á los poderosos de la tierra que ellos, lo mismo que los pequeños, son frágil barro, vanidad, miseria: *Dios solo es grande, hermanos mios.* Palabras que por el sitio, la ocasion y el auditorio, no ménos que por su propia sencillez, son acabado modelo de elo-

qué oleaje y tempestades os creeis seguros, y en medio de qué desgracias y en cuál servidumbre vivis llenos de alegría. ¡Oh, cuán útil quizá os fuera que Dios os despertára con un golpe de su mano, y os aleccionára, enviándoos alguna afliccion!»

Este precioso sermon es, en mi concepto, uno de los que más claramente dan á entender que Bossuet habia leido y estudiado con fruto los escritos de nuestro venerable fray Luis de Granada, y muy particularmente la *Guia de pecadores*, y la pintura que en ella se hace con extraordinaria elocuencia de las postrimerías del hombre (capítulos VII, VIII, IX y X del libro I) y de las miserias del mundo (capítulos XXIX y XXX del mismo libro), en los cuales hay trozos que bien pueden ponerse al lado de los más famosos de cualquiera edad. Sirva de muestra el siguiente:

«¿Qué es toda la gloria del mundo, sino un canto de sirenas que adormece, una ponzoña azucarada que mata, una víbora por de fuera pintada, y de dentro llena de ponzoña? Si halaga, es para engañar; si levanta, es para derribar; si alegra, es para entristecer. Todos sus bienes da con incomparables usuras. Si os nace un hijo, y despues se os muere, con las setenas es mayor el dolor de su muerte que el alegría de su nascimiento. Más duele la pérdida que alegra la ganancia, más aflige la enfermedad que alegra la salud, más quema la injuria que deleita la honra; porque no sé qué género de desigualdad fué ésta, que más poderosos quiso naturaleza que fuesen los males para dar pena, que los placeres para dar alegría..... Pues, segun esto, ¿qué otra cosa es este mundo sino..... un arca de trabajos, una escuela de vanidades, una plaza de engaños, un labirinto de errores, una cárcel de tinieblas, un camino de salteadores, una laguna cenagosa y un mar de contínuos movimientos? ¿Qué es este mundo, sino tierra estéril, campo pedragoso, bosque lleno de espinas, prado verde y lleno de serpientes, jardin florido y sin fructo, rio de lágrimas, fuente de

cuencia; rasgo, por lo enérgico y atrevido, propio de un varonil corazon, que se siente fuerte y libre en medio de aquella atmósfera de adulacion y servidumbre.

Ya otro ilustre orador, viviendo todavía Luis XIV, en la oracion fúnebre compuesta, de órden del Rey, para las honras de una princesa de su familia, y de la estirpe del desventurado Cárlos I de Inglaterra, dijo inmortales palabras, que brillan como finísimos diamantes en medio de uno de los más elocuentes trozos de los tiempos antiguos y modernos. «Todos morimos, decia aquella mujer cuya prudencia alaba la Escritura en el libro segundo de los *Reyes*, y sin cesar caminamos hácia la tumba, como las aguas, que no retroceden. Semejantes somos, en efecto, todos á las aguas corrientes. Sea cual fuere la soberbia distincion con que se lisonjeen los hombres, todos tienen un mismo orígen, y éste, pequeño. Sus años se empujan sucesivamente

cuidados, dulce ponzoña, fábula compuesta y frenesí deleitable? ¿Qué bienes hay en él que no sean falsos, y qué males que no sean verdaderos? Su sosiego es congojoso, su seguridad sin fundamento, su miedo sin causa, sus trabajos sin fructo, sus lágrimas sin propósito, sus propósitos sin succeso, su esperanza vana, su alegría fingida y su dolor verdadero.» (*Guia de pecadores*, libro I, capítulo XXIX.)

Pero no son solos los grandes predicadores franceses del siglo de Luis XIV los que estudiaron á nuestros elocuentísimos escritores sagrados, aprovechándose de su lectura. Sucede lo propio (y no lo digo en són de vituperio, sino ántes bien de elogio, y con el designio que considero patriótico, siendo justo, de levantar las glorias de la católica España) á los más egregios escritores de la edad presente en la nacion vecina. Véase, por ejemplo, el precioso y nunca bastante alabado libro de Augusto Nicolas, que se intitula *Estudios filosóficos sobre el cristianismo*; y á vueltas de la admiracion que produce en los discretos lectores, recuerda con júbilo el español que muchos de aquellos poderosos incontrastables argumentos y razones en defensa de la religion, los ha leido ya, escritos en castellano por muy alta y elocuente manera, en el *Símbolo de la Fe*, de nuestro compatriota el dominicano Luis de Granada. Copiar los elogios que de este elocuente predicador y escritor insigne, se han dado á la estampa en diversos tiempos é idiomas, sería por demas prolijo. Recapitulados están en gran parte con suma diligencia, y algunos copiados, en la *Vida de Fray Luis de Granada*, escrita por nuestro compañero D. José Joaquin de Mora, que va al frente de las obras de Fray Luis, en la *Biblioteca de Autores Españoles*, de D. Manuel Rivadeneyra, tomo VI. El docto académico añade de su propia cosecha preciosas observaciones, cuya lectura debe recomendarse á la juventud estudiosa.

como las olas, y no cesan de correr; hasta que al cabo, despues de haber hecho un poco más de ruido y atravesado un poco más de tierra unos que otros, van todos juntos á confundirse en un abismo, en el cual ya no se reconocen ni príncipes ni reyes, ni otra alguna de las soberbias cualidades con que los hombres entre sí se distinguen; á la manera que los más ponderados rios pierden su nombre y su gloria, mezclados en el Océano con desconocidos riachuelos (1).» Estos rios ponderados, estos desconocidos riachuelos, dulcísimos para oidos españoles, que recuerdan que ántes se dijo en castellano

Nuestras vidas son los rios,
Que van á dar en la mar,
　　Que es el morir;
Allí van los señoríos
Derechos á se acabar
　　Y consumir;
Allí los rios caudales,
Allí los otros medianos
　　Y más chicos,

es uno de los rasgos, á mi parecer, más bellos del orador frances del siglo XVII (2). Ésta es, ó yo me engaño, la verdadera elocuencia, consagrada á enaltecer la dignidad humana. Así como

(1) Bossuet, *Oracion fúnebre de Enriqueta Ana de Inglaterra, duquesa de Orleans.*

(2) Ya Fray Luis de Leon habia dicho: «Ansí como el agua que viene de la mar por los secretos senos y mineros de la tierra, y se descubre en el nacimiento de los rios y fuentes, los cuales corren y pasan, ó la que, hecha vapor, se cuaja en nubes, y vuelta en lluvia, torna á caer, y hace avenidas y arroyos, que corren con ímpetu y se pasan en poco espacio, y el suelo por donde pasaron queda seco despues, y no vuelven más á pasar ni dejan de sí más memoria; ansí el hombre, despues de muerto no vuelve ni se levanta deste duro sueño despues que le comienza á dormir. Y es semejanza usada en las divinas letras y en otras, comparar la vida del hombre al rio, y el discurso de aqueste nuestro vivir á las aguas. Ansí dijo la mujer sábia, de que el libro de los *Reyes* escribe: *Todos perecemos y corremos sobre la tierra, como aguas que no tornan jamas á volver.* Y el *Eclesiastes,* al mismo propósito: *Todos los rios entran en la mar, y el mar no rebosa; al lugar de do nacen vuelven, para tornar á correr.* Y un nuestro poeta:

Nuestras vidas son los rios,
Que van á dar en la mar,
　　Que es el morir.»

(Fray Luis de Leon, *Exposicion del libro de Job*, capítulo XIV.)

en la piadosa creencia de que los reyes podian ser emplazados para ante Dios cuando abusaban de la potestad suprema, para que diesen cuenta en dia fijo y en tribunal infalible, tuvo durante algunos siglos una preciosa salvaguardia la inocencia contra la tiranía, de que hoy excépticos nos burlamos (sin considerar que reyes que abrigan semejante creencia no pueden ser opresores), del mismo modo no hay respuesta más bizarra ni más propia á quien dice desde el trono: *El Estado soy yo*, que estas palabras: *Tambien los reyes se mueren*. Ni es posible expresar por más enérgica manera la obligacion y necesidad que tienen los imperantes de gobernar en justicia, y los súbditos de vivir en paz y concordia, que con aquellas frases, que no hay que alabar, porque ellas solas se alaban, de un religioso español, en una obra sacada á luz en el siglo XVI: *Los reinos se acaban, ó por tiranía de los reyes, porque ninguna cosa violenta es perpétua; ó por la mala cualidad de los súbditos, que no les consiente que entre sí se concierten; ó por la dureza de las leyes y manera áspera de la gobernacion* (1).

Hoy son otros los peligros que amenazan al mundo, y vienen de otra parte. ¿Quién podrá señalarlos y combatirlos con mayor valor y elocuencia? ¿Quién? Quien siempre pudo: aquel que no tenga interes en la disimulacion, ni necesite transigir con ellos para medrar en la sociedad, aunque sea con el buen propósito de gobernarla sujeto á leyes de libertad y justicia. «A los que vestimos estos hábitos, dice Fray Luis de Granada, no sólo conviene carescer de lisonja, sino tambien de sospecha della (2).» «La predicacion cristiana, ha dicho otro orador insigne (3), imita la índole de la navegacion moderna: sin inquietarse por saber de qué lado sopla el viento, marcha derecha á traves de la alta mar de las pasiones y de los errores humanos, surcando

(1) Fray Luis de Leon, *De los nombres de Cristo*, libro II, § II.
(2) Epístola á los muy reverendos señores Antonio de Córdoba y Lorenzo de Figueroa, que precede al *Libro de la oracion*.
(3) El Padre Félix, de la Compañía de Jesus, conferencia 1.ª del año 1860.

tranquila ondas que constantemente se mueven y cambian, sin más anhelo que el de tocar pronto el codiciado puerto de la humana salud y las riberas de la eterna verdad.» La tiranía y la barbarie pueden cambiar, y efectivamente cambian, de asiento y de residencia; el orador sagrado las acomete y persigue en todas partes, demostrando que la dignidad humana, que es la civilizacion, lo mismo que la libertad, que es la justicia, están perpétuamente amparadas por la religion del Crucificado. Donde gimen víctimas, allí la voz de los libertadores; si el principio de autoridad es el que corre peligro de muerte, no hayais recelo, que voces elocuentes se levantarán formidables en apoyo de los magistrados, de los príncipes y padres de familia. ¡Dios les dé aliento para triunfar en su empresa!

Ellos tambien, y sólo ellos, los oradores sagrados, tienen fuerza bastante y medios poderosos para presentar al pueblo la solucion posible de cierto problema que hoy sacan algunos á plaza con ánimo evidente de convertirle en palanca de agitaciones y trastornos. Para predicar á los ricos la caridad, remedio divino y único de ciertas llagas sociales, no es preciso aconsejar á los pobres la rebelion, la envidia y la soberbia. Dígase en buen hora (porque es la verdad, y no hay por qué ocultarla, fuera de que su ocultacion sería inútil) que los poderosos sin entrañas tienen la culpa de grandes catástrofes, con que la Providencia castiga á los adoradores del becerro de oro, aunque se cobijen bajo el manto hipócrita de maestros de cualquier ciencia, inventada para más empobrecer á los pobres y sublimar á los poderosos. Dígase á éstos ¿por qué no? que los pobres reclaman y merecen toda su atencion y toda su generosidad. Hábleseles todos los dias, como lo hizo Bossuet con elevado espíritu, de *la eminente dignidad de los pobres en la Iglesia*. Pero nó se les haga creer á estos infelices, como cierto gran poeta de nuestros tiempos (1), que la tierra puede ser el paraíso, que

(1) VÍCTOR HUGO, *Les Misérables*, tomo VII.

es divinamente fatal el próximo advenimiento de una época de universal bienandanza. No; esto es engañarse y engañarlos; y cuando se ven burlados, suelen acudir á la rebelion y tropezar con la matadora metralla allí donde buscaban hogazas de pan. Los cañones no son medios permanentes de gobierno; pero la rebelion no los produce mejores, y predicar mentiras al pueblo es enviarle á que sea víctima de muerte desesperada, y destructor insensato de las fuentes de riqueza. Perseverancia en el trabajo, paciencia en las adversidades, resignacion en las desgracias, son las armas con que los pobres han de rodear sus venerables frentes, como con una aureola de gloria. Cuando tales máximas hayais inoculado en su ánimo, entónces podréis decir á grito herido, y no haréis mal ciertamente, que *pensar ántes de todo en la muchedumbre desheredada y dolorida*, ser con ella justos y áun indulgentes, *consolarla*, *ilustrarla*, y sobre todo *amarla*, *es*, *á despecho de los corazones frios y egoistas*, la primera obligacion de los ricos y *la más urgente necesidad de los gobiernos*. Esto debe decirse hoy en todas partes; pero ¿dónde más natural ni más elocuentemente podrá predicarse que en la sagrada cátedra, la caridad, virtud cristiana, que rompe las cadenas de la esclavitud, ensancha todos los horizontes de la vida, ilumina todos los subterráneos, ciega todos los abismos, destruye todas las desigualdades y aniquila todos los rencores? ¿Qué filosofía ha hecho más prodigiosos descubrimientos que la caridad? ¿Qué ciencia ha ideado más grandes recursos? ¿Qué arte ha fantaseado ni descrito iguales maravillas? ¿Qué política ha resuelto más pavorosos problemas? ¡Oh! Los que en tal se ocupan por inclinacion y por deber de su ministerio pueden ser los primeros oradores. La pusilánime doncella que venda las heridas en el campo de batalla bajo el fuego de asoladoras baterías, ó compone y arregla las ropas y los cabellos del anciano y del huérfano en un santo hospital infestado con la

peste; el fraile que se queda en una mazmorra estrecha y hedionda para que el cautivo torne á ver la tierra nativa, y gane el pan de sus hijos ó inmortalice á su patria; la reina que cura repugnantes llagas; el prelado que da la mitad de su capa á un desnudo; la princesa que lleva en su propia falda pedazos de pan, que el cielo convierte en rosas, son maravillosos cuadros, inspiradores de grande elocuencia; ¿qué mucho, si inspiran á los ángeles himnos de amor y de alabanza?

Por lo que hace á nuestra España en los tiempos modernos, excuso citar nombres propios. De los pasados, hay una época de mal gusto, con razon criticada y zaherida por varones doctos, de los cuales, algunos eclesiásticos; mas el propio mal deslustraba todas las bellas letras en sus diversas manifestaciones. No tuvo nacimiento en el púlpito el culteranismo, ni la aficion á sutiles conceptos, retruécanos pueriles, comparaciones extravagantes y antítesis sistemáticas, forzadas y traidas por los cabellos; inficionáronse más bien los oradores sagrados leyendo y estudiando como modelos de bien decir composiciones y libros profanos. No obstante, fuerza es confesar que exageraron el defecto, y sobre todo, que era en la sagrada cátedra más notable y digno de censura. Por fortuna el movimiento literario regenerador que comenzó á fines del pasado siglo, alcanzó á poner remedio á tan extendido daño en esta parte, como en todo lo que tuvo contacto y roce con las letras humanas. Pero en lo que á más remota época pertenece, España fué, bien lo sabeis, Señores Académicos, madre fecunda de grandes oradores cristianos, á quien sin duda hubieron de conocer y estudiar los que más tarde florecieron en la vecina Francia. No hay por qué esté descontenta la nacion en que brillan un Juan de Avila, un Malon de Chaide, un Juan Marquez, un Fernando de Zárate y un Fray Luis de Leon; la patria, para abarcar con un solo nombre series inmensas de glorias sucesivas é inmortales, de Santo Do-

mingo de Guzman (1), inspirado progenitor de innumerables generaciones de *predicadores*, que han sellado y sellan con su sangre generosa, por toda la redondez de la tierra, la verdad que brota de sus labios; del padre de la prodigiosa familia á que pertenecen Santo Tomas de Aquino, San Vicente Ferrer, Fray Luis de Granada y Bartolome de las Casas; familia española por su fundador, á que en nuestros propios dias ha dado lustre el insigne Lacordaire, recientemente arrebatado por la muerte á la Academia Francesa. Española es tambien de orígen esa evangélica milicia que formó hace dos siglos un nobilísimo cántabro, á la cual deben inmortales obras, á más de la oratoria, las ciencias, las letras, las bellas artes, los esfuerzos todos

(1) In quella parte, ove surge ad aprire
Zefiiro dolce le novelle fronde,
Di che si vede Europa rivestire,
Non molto lungi al percuoter dell'onde,
Dietro alle quali, per la lunga foga,
Lo sol tal volta ad ogni uom si nasconde,
Siede la fortunata Callaroga,
Sotto la protezzion del grande scudo
In che soggiace il leone e soggioga.
Dentro vi nacque l'amoroso drudo
Della fede cristiana, il santo atleta,
Benigno a' suoi ed a' nimici crudo.
. . . .
Domenico fu detto; ed io ne parlo
Si come dell'agricola, che Cristo
Elesse all'orto suo per aiutarlo.
. . . .
In picciol tempo gran dottor si feo.
. . . .
Poi con dottrina e con volere insieme
Con l'uficio apostolico si mosse,
Quasi torrente ch'alta vena preme;
E negli sterpi eretici percosse
L'impeto suo, più vivamente quivi
Dove le resistence eran più grosse.
Di lui si fecer poi diversi rivi,
Onde l'orto cattolico si riga,
Si che i suoi arbuscelli stan più vivi.

(Dante Alighieri, *il Paradiso,* canto decimosecondo.)

del entendimiento humano. España, que cuenta entre los hijos de su suelo al glorioso fundador y al *Apóstol de las Indias*, reclame para sí algo de la gloria de Bordaloue, que compartió con Bossuet el cetro de la elocuencia en la córte de Luis XIV, y del Padre Félix, que desde la catedral de Paris llama hoy la atencion del mundo.

Difícil por todo extremo es el acierto en los que aspiran al lauro de oradores. Frecuentemente oimos apellidar, no elocuentes, sino elocuentísimas, á multitud de personas. ¡Vana ilusion! La posteridad no confirmará estos fallos, que pecan de generosos y áun de pródigos. Nadie estudia cuando todos escriben ó peroran, y sin profundos estudios no hay modo de adquirir duradera fama. Encúmbrase de esta suerte considerable número de medianías que en otra época hubieran vivido silenciosas y modestas; es mayor, sin duda, la cantidad de regulares oradores, pero quizá ninguno puede ser eminente. Fácil es hacerse aplaudir y levantar hasta las nubes, puesto caso que cada partido forma una como sociedad de elogios mutuos; pero imposible sostener la reputacion más allá de los cortos límites que fijan la pasion ó el interesable cálculo. Nace, por más que haya sido comun repetir lo contrario, así como el poeta, el orador; no ha mucho que lo proclamó aquí uno de los más perfectos que en estos tiempos brillan en España (1); pero con el estudio y el esmero, dijo tambien, el que nació privilegiado, algo, y áun bastante, adquiere. Estúdiense los grandes modelos, fórmese el gusto, cultívense las humanas letras, léanse una y mil veces nuestros escritores clásicos del siglo de oro de la lengua castellana, dando cuerdo oido al precepto

Nocturna versate manu, versate diurna;

estúdiese el corazon humano, sus flaquezas, sus desmayos, to-

(1) D. Antonio Alcalá Galiano, en la recepcion del académico de número D. Juan Valera.

dos sus resortes; apréndase en particular con grande esmero la índole de nuestra patria, sus necesidades, su tradicion, sus esperanzas; y gracias que así y todo y con haber nacido para cultivar la oratoria, no se frustren en agraz muchos ingenios. ¿A cuántos no arrastrará el torbellino que saca de quicio á la juventud ántes de estar convenientemente preparada? ¿A cuántos no arrojará á la hirviente arena de la pública discusion ántes de llegar á madurez las facultades con que acaso plugo al cielo dotarlos? Pocos logran en ningun tiempo subir hasta donde brilla nuestro nuevo compañero, orador en quien se reunen calidades que cualquiera de ellas bastaria para enriquecer el espíritu de muchos; pero todavía es más difícil hoy que lo fué nunca estudiar con afan en la época en que el estudio aprovecha, que es cabalmente aquella en que la fuerza de la sangre y la viveza de las pasiones nos separa de los libros para llevarnos á la pelea. ¿Y cómo reñir crudas batallas sin armas y sin escudo? Bien lo sabe el ilustre orador á quien, lleno de gozo, saludo en nombre de la Academia; porque en él no da jamas tregua al estudio ninguna otra ocupacion, ni cuando combate en las Córtes, ni cuando influye en la gobernacion del Estado, ni cuando representa á su nacion en tierra extraña.

Que le imite la juventud en el generoso afan de estudiar y de aprender, es lo que ardientemente deseo. Con lo cual no será imposible que alguno de los que ahora embelesados le escuchan, le copie, andando el tiempo, en la facilidad y riqueza de la diccion, viveza y animacion de las imágenes, gracia de epigramáticos chistes que sazonan el discurso, amenidad de oportunas digresiones, elevacion de pensamientos, y severa lógica de las razones, que se traban y encadenan á modo de fortísima empalizada.

De esta manera aprenderán nuestros jóvenes á conocer la verdad y pondrán á su servicio la palabra, que sólo así podrá ser elocuente. La verdad, que halla siempre el hombre

guiado por la razon, si la razon es fortalecida y completada por la fe; la cual no es la muerte de la razon, sino su luz y su vida. Porque la fe (permítaseme valerme de felicísimas frases de un orador insigne [1]), á los que no han tenido la desventura de nacer semejantes al buho, que busca por instinto las tinieblas de la noche, léjos de cortarles las alas, eleva su vuelo; en lugar de vendarles los ojos, se los fortalece y los convierte en propios y aptos para contemplar mayor claridad; y en vez de achicar las fuerzas de su razon, la torna tan activa y poderosa, que suben á cumbres altísimas, donde por encima de las nubes que rodean al vulgo de los que se denominan *pensadores*, se colocan en el dogma verdadero é inmutable, descubriendo y contemplando desde aquella altura con segura mirada la verdad que ilumina las ciencias y perfecciona las artes. Así el águila, que sobre altísima roca contempla el sol desde más cerca, descubre en la tierra, si vuelve á ella los ojos, lo que no es dado ver á rastreras avecillas.

Bienvenido el ilustre orador parlamentario á reforzar nuestras filas, conservadoras del patrio idioma. No siempre pienso como él, pero constantemente le admiro. Ya os figuraréis, Señores, mi alegría; cuando dentro de breves instantes le estrecheis entre vuestros brazos, dais en ellos acogida á un compañero; los mios se la darán á un hermano.

[1] El Padre Félix, *Conferencias de* 1862.
